

CAPÍTULO SEGUNDO
 GEOPOLÍTICA Y CONTENCIÓN: LA GUERRA FRÍA,
 EL CAMBIO SOCIOPOLÍTICO INTERNO
 Y LA INTERVENCIÓN COMO SOLUCIÓN

I. Introducción	49
II. La cuestión soviético-comunista: la Guerra Fría <i>vis-à-vis</i> el cambio y el consenso	51
III. El feo neoimperio americano: ¿seguridad o consenso? . . .	54
IV. La dramática existencia de la realidad. ¿La historia como ornamento?	58
V. Geopolítica y contención en Centroamérica: las desventajas del poder	63
VI. <i>Mapeando</i> el mundo	68
VII. La esfera de influencia. El mapa de la gran área en la <i>American Heartland</i> : contra la amenaza externa	76
1. ¿Un orden (internacional) de derechos naturales en la <i>American Crush Zone</i> ?	79
2. Rastrear la <i>American Rimland</i>	82
VIII. Los fundamentos de la contención y el mapa regional: ¿el cerco de George Kennan como forma de vida en las Américas?	86
1. Una noción de seguridad nacional en boga.	91
2. La realidad de un nuevo orden: la seguridad <i>vis-à-vis</i> la intervención en la América mediterránea	93
IX. Kennan y la contención: ¿la intervención como solución? .	96

CAPÍTULO SEGUNDO

GEOPOLÍTICA Y CONTENCIÓN: LA GUERRA FRÍA, EL CAMBIO SOCIOPOLÍTICO INTERNO Y LA INTERVENCIÓN COMO SOLUCIÓN

Más que una nación, somos un mundo.

Herman MELVILLE⁹⁶

La gran ventaja de los americanos es que han alcanzado un estado de democracia sin haber tenido que pasar por una revolución democrática; y han nacido iguales en lugar de llegar a serlo.

Alexis de TOCQUEVILLE⁹⁷

No existía en América un Estado colindante con el que Estados Unidos hubiera podido sostener el tipo de relación que prevalece entre las naciones europeas, un Estado al que hubiera tenido que ver con desconfianza y contra el que fuera necesario tener listo un ejército. Canadá y México no presentan ninguna amenaza real.

Georg Wilhelm Friedrich HEGEL⁹⁸

I. INTRODUCCIÓN

El vigor y la obstinación de la intromisión de Estados Unidos en América Latina suscita la pregunta de si este proceso de intervención constituye, además, un teatro permanente de los asuntos internacionales. Tal pregunta

96 Herman Melville, *White Jacket*, Nueva York, Grove Press, 1956.

97 Tocqueville, *Democracy in America*, *cit.*, nota 72.

98 G. W. F., Hegel, *Lectures on the Philosophy of World History*, Londres, Cambridge University Press, 1975, p. 169.

puede parecer simple pero, para citar a Clausewitz, “lo simple siempre es difícil”.⁹⁹ En éste y los subsiguientes capítulos se analiza un tema central: el establecimiento de los mapas regional y global, como respuesta a la necesidad de vincular el surgimiento de aquella nación como un gran actor internacional con las condiciones materiales necesarias para obtener y consolidar esa posición. Lo anterior se dio en un contexto de distribución de fuerza *vis-à-vis* la obtención del orden; esto ocurre fundamentalmente cuando este orden se veía amenazado por rebeliones y a la vez era cuestionado como una meta del balance de poder mundial, en virtud de las aspiraciones hegemónicas de Washington. La consolidación territorial del poder, en principio una pretensión geopolítica tradicional, se vio fortalecida durante el siglo XX: “(Los países latinoamericanos) constituyen (una) entidad geográfica (y) militar... Desde el punto de vista de la geografía y de la capacidad bélica, por lo tanto, su seguridad contra las agresiones de los países del Este deberían ser consideradas como interdependientes”.¹⁰⁰

Este documento secreto editado por la Secretaría de Guerra de Estados Unidos en 1945 afirma que “las repúblicas americanas cooperan en contra de cualquier amenaza por parte de un poder extracontinental que invada la integridad política o territorial de alguna de estas repúblicas (de modo que), la estructura defensiva interamericana debería *preservarse dentro de la estructura global* como un acuerdo regional para efectuar los arreglos dentro del hemisferio”. Este objetivo implica la afirmación de un *modelo* de poder,¹⁰¹ y su diseño fue particularmente útil en las gestiones para adquirir fuerza. La cuestión soviética fue, por mucho, el tema más importante que enfrentaba Estados Unidos; sólo en ese contexto podía llevar adelante su estrategia de fuerza en el contexto global y en los asuntos internos de América Latina. En particular, los cambios sociales y políticos representaban un desafío importante cuando se ubicaban dentro de la esfera natural de control de la potencia. El problema de la distribución de la fuerza en el continente estaba vinculado con la extrapolación bipolar provocada por la Guerra Fría, lo que explica la relevancia de la cuestión soviética.

99 Aron, Raymond, *op. cit.*, nota 43, 1975, pp. XXI.

100 s/a, “Memorandum for the Secretary of War and Secretary of the Navy. Subject: Military Objectives in Latin America”, 6-7 de febrero de 1945, State-War-Navy Coordinating Committee: Military Objectives in Latin America. US Joint Chiefs of Staff, Central Decimal File, Record Group 218, 1946-47, 092(1-18-45), section 1, Military Objectives in Latin America, box 23, p. 1.

101 *Ibidem*, pp. 1 y 2 (cursivas mías).

II. LA CUESTIÓN SOVIÉTICO-COMUNISTA: LA GUERRA FRÍA *VIS-À-VIS* EL CAMBIO Y EL CONSENSO

Dentro de la atmósfera del modelo de poder posterior a la Segunda Guerra Mundial, una premisa central en este libro tiene que ver con la Unión Soviética —el otro pivote determinante de los conflictos y sus resoluciones en el periodo— y su participación en el cambio social (ya sea revolucionario o reformista) en América Latina. La participación soviética fue sobreestimada por Estados Unidos; por consiguiente, en algunos casos no había una base seria para los reclamos de este último en cuanto a que había regímenes comunistas en el poder en los países latinoamericanos en donde estaba teniendo lugar un cambio social. Es más, estas políticas estadounidenses fueron en parte resultado de un clima interno de miedo, característico de los años cincuenta. Como argumentó David Cauter, el “gran miedo” generó al mismo tiempo una histeria anticomunista y una activa maquinaria de represión.¹⁰² Estos rasgos son visibles en las políticas subsecuentes de la potencia en América Latina.

La tradicional pero persistente desconfianza de Estados Unidos hacia cualquier cambio ha llegado a dominar su imagen de Latinoamérica; se puede afirmar que a lo largo de la primera mitad del siglo XX el hecho mismo de que ocurriera un cambio revolucionario podía ser utilizado por ese país para justificar alguna forma de intervención; más adelante se convirtió en algo común que recurriera a la bandera del anticomunismo de la Guerra Fría como una fundamentación geoestratégica que justificaba cualquier tipo de intromisión. En este análisis es relevante señalar,

102 Véase David Cauter, *The Great Fear: The Anticomunist Purge under Truman and Eisenhower*, Londres, Secker & Warburg, 1978. El temor ha sido un hecho relevante en la vida sociocultural de Estados Unidos; de manera más precisa, el temor a amenazas externas. Esto especialmente antes, durante y después de los años de la Guerra Fría. Un ejemplo fue “La guerra de los mundos”, la famosa dramatización de Orson Welles difundida la noche de Halloween de 1938 en su *Circo de Mercurio al aire*, el cual presentó una invasión proveniente de Marte tan realista y efectiva que por lo menos un millón de personas se asustaron y miles fueron estremecidos por el pánico. Un estudio interesante de este suceso y la psicología del pánico puede encontrarse en Hadley Cantril, *The Invasion from Mars: A Study in the Psychology of Panic (with the Complete Script of the Famous Orson Welles Broadcast)*, Princeton, Princeton University Press, 1982. Quizá no hay nada específicamente *estadunidense* acerca de tal reacción. Sin embargo, tampoco hay evidencia de un episodio sociocultural de esta importancia que se diera en otra sociedad industrializada (capitalista) de la época.

como correctamente lo hace Coker, que “un desagrado por el comunismo no alcanza a ser una política. Una política sugiere una preferencia, un interés nacional determinado y los medios idóneos para realizarlo”.¹⁰³ Esta incapacidad deliberada de Estados Unidos para distinguir el cambio comunista del cambio moderado o reformista marcó, como lo ilustra el caso de Guatemala, el fracaso de la política. Se trató (y probablemente aún se trate) de un país dominante incapaz de reconocer el valor de la diversidad y la universalidad en el ámbito internacional.

Estados Unidos se encontró diseñando su propia (mini) Guerra Fría en América Latina, la mayor parte de las veces sin una justificación histórica o factual. Si bien esta política procedía del marco general de la atmósfera de la Guerra Fría entre los dos superpoderes, el conflicto —tanto en términos de naturaleza como de dimensiones— era exagerado en muchos aspectos, en gran medida en beneficio de la estrategia geopolítica. De ahí que el uso mecánico de la retórica de la Guerra Fría contribuyó a una confusión básica en el entendimiento de la realidad y las políticas (a través de la construcción de una ilusión de gran utilidad pragmática) y creó un obstáculo histórico para el logro de un consenso pacífico en la región.

En forma similar, no sólo la amenaza de la Unión Soviética fue sobredimensionada, sino que el interés estratégico en su conjunto de Estados Unidos se opuso a las necesidades estructurales que yacían detrás de las rebeliones nacionales. Siguiendo esta línea de análisis, la intervención de esta potencia virtualmente terminó siendo una acción en contra de los intereses de las sociedades nacionales y no en contra de la presencia soviética como tal. Por consiguiente, éste fue un proceso dirigido a oponerse a lo que yo llamaría la amenaza real, es decir, el cambio interno, lo cual necesariamente nos lleva a la necesidad de discutir críticamente el principio que mantiene que las relaciones internacionales consisten únicamente en la interacción de los gobiernos y los Estados.¹⁰⁴ Como se va a demostrar

103 Christopher Coker, *Reflections on American Foreign Policy since 1945*, Londres, Pinter/John Spiers, 1989, p. 110.

104 Sobre las consecuencias internas de las intervenciones violentas véase Gabriel Kolko, *Confronting the Third World: United States Foreign Policy, 1945-1980*, Nueva York, Pantheon Books, 1988; John Lawrence S. Girling, *America and the Third World: Revolution and Intervention*, Nueva York, Routledge & Kegan Paul, 1980; Lloyd S. Etheredge, *op. cit.*, nota 30; Richard J. Barnet, *op. cit.*, nota 95; Robert A. Packenham, *Liberal America and the Third World: Political Development Ideas in Foreign Aid and Social Science*, Princeton, Princeton University Press, 1973.

cuando lleguemos al material empírico en los siguientes capítulos, todos los supuestos y la efectividad de la política —diseñada principalmente a la luz de la Guerra Fría— deben ser cuestionados, ya que la supuesta amenaza soviética era difícil de identificar en los hechos como la fuente básica de la amenaza a la seguridad nacional, y más particularmente a la seguridad de Estados Unidos.

Aquí es particularmente relevante lo que argumenta Bull en cuanto a que “la función principal del balance de poder... no es preservar la paz, sino al sistema de Estados”.¹⁰⁵ Cuando Bull se refiere a “sociedad de Estados” está hablando en primer lugar de los Estados capitalistas, aunque también ve que nuevos Estados en desarrollo han aceptado estos principios básicos.¹⁰⁶ El problema de este análisis, no obstante, es que la intervención en sí misma compromete la capacidad del Estado para actuar como mediador entre el interés general y los intereses particulares, amenazando su propia existencia como Estado, y esto se aplica a las acciones realizadas para derrocar o apoyar el derrocamiento de regímenes en nombre de la seguridad —acciones que dejan a las sociedades incapaces de encontrar el orden, la justicia o la paz—, particularmente cuando hay marcadas diferencias en los niveles de desarrollo.

En este contexto, las revoluciones sociales y los movimientos reformistas en América Latina, con excepción de Cuba y tal vez Nicaragua, no necesariamente han perseguido la erradicación de las bases del sistema capitalista. Como ejemplo de un movimiento reformista yo sugiero el caso de Guatemala en 1954. Por último, y estrechamente conectado con lo anterior, voy a analizar en qué medida los intereses de Estados Unidos, tanto percibidos como reales, se han visto amenazados por la revolución y sus consecuencias. Este argumento nos lleva a la necesidad de analizar muy de cerca los contenidos ideológicos y estratégicos de la intervención y, por tanto, el componente fuertemente hegemónico (en términos de expresión de supremacía, como se argumentó en la introducción) que ha tenido en el contexto latinoamericano. Esto ha dado como resultado que la potencia no adoptara una política consistente o clara hacia las revoluciones sociales —excepto la de intervenir periódicamente— *vis-à-vis* su

105 Hedley Bull, *The Anarchical Society: A Study of Order in World Politics*, Londres, Macmillan, 1977, p. 107. George Kennan estaba convencido de que las relaciones internacionales consistían primordialmente en la interacción medida entre los gobiernos; véase Kennan, *The Cloud of Danger*, Londres, Hutchinson of London, 1977, capítulo 2.

106 Hedley Bull, nota anterior, pp. 258 y 259.

prioridad de defender la expresión regional de la seguridad nacional a cualquier costo. Adicionalmente, en algunos países la intervención fomentó la injusticia social, los rasgos antidemocráticos de los sistemas políticos, la inestabilidad en el largo plazo, los regímenes autoritarios y la violación sistemática de los derechos humanos.

El tema aquí, entonces, parece ser el dilema básico de la democracia liberal. En donde había democracias liberales y se buscaba y conquistaba el cambio por medios constitucionales, como en Guatemala (y más tarde en Chile), el terreno era fértil para la llegada al poder de gobiernos radicales o que se percibían como una amenaza para Estados Unidos. Pero al intervenir y apoyar (en el caso de Guatemala) procesos violentos de desestabilización, existía un riesgo creciente de subvertir la naturaleza misma y los fundamentos del sistema político con el cual Washington estaba ostensiblemente comprometido: la democracia liberal. La ambivalencia que alimenta este dilema no se relaciona sólo con la realidad latinoamericana, sino también con la ambivalencia hacia la democracia profundamente enraizada en la propia cultura estadounidense.

III. EL FEO NEOIMPERIO AMERICANO: ¿SEGURIDAD O CONSENSO?

Siguiendo con la reflexión anterior, no obstante, considero que es necesario hacer justicia al papel histórico de Estados Unidos en los asuntos regionales y globales de los últimos cien años. El hecho de que esa nación se convirtiera (si bien con renuencia) en un país poderoso desde finales del siglo XIX y más especialmente durante la era nuclear después de la Segunda Guerra Mundial no necesariamente significa que haya dado nacimiento a un neoimperio destinado a ocasionar miseria a las naciones débiles o desprotegidas del mundo. Estados Unidos parece haber sido congruente con un camino iniciado años antes y con su misión histórica (su encuentro con el destino), y rendido así homenaje a los atributos políticos y culturales que le dieron su sentido de identidad, su racionalidad fundamental. Puesto que esta nación obtuvo la hegemonía y la supremacía como resultado no sólo de su voluntad y de sus cálculos cuidadosos para hacerlo, sino más bien debido a su propia conveniencia y posición afortunada en el mapa continental, voy a subrayar los resultados dramáticos, y a veces desastrosos, de sus políticas en Latinoamérica. Sin detenerme a considerar la profundidad de la contradicción que probablemente existe entre el republicanismo y la dominación o entre el republicanismo y el imperialismo, voy a afirmar, si-

guiendo con lo anterior, que lo que existió (o al menos el rasgo que indudablemente es más visible en el contexto de los intereses de Estados Unidos en la región) fue el fenómeno *físico* de ejercicio de fuerza y su deseo estereotipado de adquirir control territorial e influencia en la esfera regional.

En este tema es relevante preguntar a qué precio debió imponerse la seguridad de esa potencia. ¿Existía algún otro camino que condujera a la seguridad, por ejemplo, que a partir de tolerar o apoyar las características democráticas de aquellos sistemas políticos nacionales se pudiera ganar aliados potenciales entre los pueblos de esos países?, ¿representó la instauración de cambios democráticos una amenaza real a la seguridad de Estados Unidos?, ¿por qué la seguridad no compartió con la democracia los logros anteriores?, ¿era la democracia una amenaza demasiado grande para los principios geoestratégicos de dominación, seguridad y orden de Estados Unidos, al traer consigo la posibilidad de transformaciones estructurales innatas (aunque generalmente moderadas) en la economía y la política de algunos de los países del hemisferio?, ¿era posible la seguridad junto con el cambio democrático o la democracia era una carga demasiado pesada para la primera?, ¿era la democracia tan poco esencial estratégicamente o poco importante como la respuesta de Estados Unidos parece demostrar? Entonces, ¿debemos concluir que la democracia y el orden eran vistos como artículos de lujo para los latinoamericanos empeñados en obtener el progreso político? Y por último, pero no por ello menos importante, ¿fue la defensa de la verdadera seguridad negada en el hecho mismo de recurrir indiscriminadamente a la intervención en beneficio de la *experimentación* contra amenazas prefabricadas?¹⁰⁷

¿Orden o justicia?

De esta manera, se debe señalar que las necesidades de la justicia no son necesariamente las necesidades del orden; que en el sistema interna-

107 Estaría de acuerdo con Veyne respecto a que “en la historia las preguntas, que son sociológicas, son más importantes que las respuestas, que son hechos... cualquiera que sea la respuesta, ¿no es el asunto principal la idea misma de hacer la pregunta? En otras palabras, es más importante tener ideas que saber verdades... tener ideas también se llama lidiar con un tema, adquiriendo conciencia de lo que es, haciéndolo explícito, conceptualizándolo, alejándolo de lo que se asume, de *Fraglosigkeit* (sin cuestionar) y de *Selbstständigkeit* (autonomía)”; Veyne, *op. cit.*, nota 47, p. 197. Es dentro de esta vena que está escrito este libro.

cional el orden no es necesariamente el resultado de “una percepción de intereses comunes en las metas elementales de la vida social [y que] las normas que prescriben el comportamiento que sostiene estas metas, y [las] constituciones que ayudan a hacer efectivas estas normas [de hecho no necesariamente lo son]”.¹⁰⁸ La tesis de Bull sobre la incompatibilidad del orden y la justicia en el sistema internacional adolece del hecho de que una de las principales metas del orden —al menos a partir de la Segunda Guerra Mundial— es contener el cambio social en regiones especialmente sensibles del mundo y que eran, directa o indirectamente, zonas de competencia hegemónica. Pero esta contención estaba en conflicto con una tarea más amplia del orden durante el proceso de independencia (en África por ejemplo, y en alguna medida, en América Latina), es decir, la tarea de reglamentar las sociedades nacionales.

En este contexto, los cambios moderados o radicales representan amenazas al orden porque el objetivo de tal cambio es la adquisición de nuevas reglas que organicen y consoliden nuevos sistemas judiciales y políticos. Éste parece ser el caso de la revolución guatemalteca de 1944, especialmente de su último periodo, cuando Jacobo Arbenz llegó al poder en 1951. En este sentido me gustaría argumentar que una de las razones de la incompatibilidad entre el orden y la justicia es que las expectativas dinámicas de esta última son obstáculos para los designios del primero; si esto es correcto, entonces el orden (en el contexto interamericano) está pensado para detener cualquier tendencia hacia el cambio social, aun cuando este último esté dirigido a la obtención de la justicia y la democracia.¹⁰⁹

Aquí se presentan dos preguntas ineludibles: primero, ¿fue el anticomunismo —en el contexto latinoamericano— el responsable histórico de la culminación violenta de algunos procesos de cambio, por lo general bajo la forma de regímenes represivos y autoritarios? Y segundo, ¿realmente impidió el anticomunismo las tentativas de un cambio pacífico, de modo que éste fue imposible y por lo tanto las revoluciones “inevitables”?¹¹⁰

108 Hedley Bull, *op. cit.*, nota 105, p. 65.

109 Aunque no siempre hay un conflicto entre el orden y la justicia, sostengo que este conflicto es particularmente crítico en el contexto de América Central. Véase más adelante mi definición sobre la relación crítica entre la soberanía y la justicia, y el orden y la democracia.

110 Para el argumento de Bull sobre el orden y la justicia véase su obra *The Anarchical Society: A Study of Order in World Politics*, *cit.*, nota 105, p. 93.

La visión de Morgenthau de la justicia y sus implicaciones morales en el contexto de la política exterior es que “el Estado no tiene derecho a dejar que su desaprobación moral... se cruce en el camino de la acción política exitosa, en sí misma inspirada en el principio moral de la supervivencia nacional”.¹¹¹ Por otro lado, Reinhold Niebuhr explica la relación entre democracia, justicia y legitimidad de los gobiernos en los tiempos del absolutismo monárquico en términos que también pueden ilustrar la expresión contemporánea de este problema: “...la justicia es siempre una fuente secundaria, no primaria, de autoridad y prestigio. La fuente primaria es la capacidad para mantener el orden, porque el orden es equivalente a la existencia en una comunidad, y el caos significa la no existencia [... sin embargo, concede que] la fuente del poder es la autoridad de un gobierno para ganar el consentimiento sin la fuerza”.¹¹²

A la luz de los señalamientos anteriores es posible argumentar que las revoluciones latinoamericanas, de todos los tipos, han representado una respuesta parcial (si bien explosiva) a la prioridad del orden, tanto en la conceptualización como en las prácticas de las relaciones internacionales. Las preguntas recién mencionadas se ilustran muy bien —desde luego, con un fuerte tono misionero acrítico incluido— con los cuestionamientos del comentarista liberal William V. Shannon:

Por un cuarto de siglo Estados Unidos ha intentado hacer el bien, fomentar la libertad política y promover la justicia social en el tercer mundo. Pero en América Latina, de quien tradicionalmente hemos sido amigos y protectores... nuestras relaciones han probado en la mayoría de los casos ser una fuente recurrente de lamentos, rechazos y tragedias... A través de la ayuda económica y del entrenamiento de equipos del ejército antiguerrillas hemos estado interviniendo con el mejor de los motivos [en América Latina]. Pero la benevolencia, la inteligencia y el trabajo duro han probado no ser suficiente. Chile demuestra el problema [... en donde, con los mejores motivos,...] al intervenir en esta complicada situación la CIA implicó a Estados Unidos en la inesperada secuela de una siniestra dictadura militar que emplea la tortura y ha destrui-

111 Morgenthau, *op. cit.*, nota 56, p. 10. De acuerdo con Justin Rosenberg, “Morgenthau... tenía visiones poco halagadoras y no sofisticadas sobre la naturaleza humana, y un hábito afrentoso de propagarlas como la base filosófica del realismo”; véase Rosenberg, *The Empire of Civil Society: A Critique of the Realist Theory of International Relations*, Londres, Verso, 1994, p. 23.

112 Reinhold Niebuhr, “Power and Ideology in National and International Affairs”, en William T. R. Fox (ed.), *Theoretical Aspects of International Relation*, Notre Dame, Indiana, University of Notre Dame Press, 1959, p. 108.

do a la misma libertad y a las instituciones liberales que estamos tratando de proteger.¹¹³

Shannon parece estar replanteando el dilema de la democracia liberal. Sería pertinente tener en cuenta el énfasis en los aspectos religiosos de la política exterior estadounidense descritos en el capítulo primero, y sobre los cuales el propio Niebuhr nos advierte: “Ninguna nación ni individuo, ni aun el más justo, es lo suficientemente bueno como para ejecutar los propósitos de Dios en la historia”.¹¹⁴

IV. LA DRAMÁTICA EXISTENCIA DE LA REALIDAD. ¿LA HISTORIA COMO ORNAMENTO?

La declaración anterior nos ofrece bases sólidas para cuestionar el retrato que Estados Unidos ha hecho del mundo y del orden internacional, especialmente cuando describe el estado de los asuntos en América Latina. Es más, este retrato podría ser suficiente para hacernos caer en la tentación, al analizar este fenómeno, de usar la retórica sofista de la no existencia de la realidad, o como lo plantea Gorgias: “nada existe: incluso si algo existiera, esto es inaprensible para el hombre”.¹¹⁵

Con todo, pese al riesgo, voy a usarla a fin de dar alguna base semántica para enfatizar que, aunque la historia es lo que vemos, en ocasiones también es lo que no vemos, incluso tal vez lo que no existe (lo que es podría no ser, *dixit* de Veyne); por ejemplo, la amenaza comunista en países como Guatemala en los años cincuenta. Los actores tienden a comportarse en modos discernibles sin la necesidad de pensar que sus actos van a determinar completamente el curso de los acontecimientos. Aunque probablemente provocativa, la idea absoluta de predecir la realidad de los sucesos de un modo diferente si la historia hubiera sido distinta es un ejercicio de la imaginación (sociológica) que atrae la atención del observador en casi cualquier campo del conocimiento. De ahí que la fundamentación especulativa de cualquier aspecto importante de la realidad y la aventura fundamental de la ciencia sea descubrir lo desconocido.

113 W.V. Shannon, “This Dream Not for Export”, *The New York Times*, 28 de septiembre de 1974, p. 29.

114 Citado en *ibidem*, p. 29.

115 Véase Gavin Kennedy, *Classical Rhetoric and its Christian and Secular Tradition from Ancient Times to Modern Times*, Londres, Croom Helm, 1980. Véase especialmente la sección sobre el sofista y el capítulo 1.

Con todo, para enfrentar las preocupaciones centrales de este libro es necesario tener una explicación de este fenómeno, especialmente en el aspecto relacionado con la participación de Estados Unidos en los asuntos de otros países, y sus consecuencias en la esfera interamericana. Desde esta óptica, se trata sin duda de una preocupación central de este observador interesado en las ramificaciones que dichos asuntos han tenido en la historia de la región descubrir hasta dónde ese país ha sido responsable significativo del acontecer de la historia. En todo caso esto ocurrió alterando la constitución de determinados órdenes políticos y sociales o, si se prefiere, por medio de impedir que se presentaran o continuaran determinados sucesos (por acontecer). En este sentido, es también notable que Estados Unidos haya surgido como el único actor capaz de desempeñar un papel histórico y estimular un proceso histórico. Y lo hizo con el objetivo último de dirigir el resultado de los sucesos, sin concebir que avasallar los intereses y preocupaciones esenciales latinoamericanos, a fin de favorecer sus propios intereses de seguridad, es una manera clara de alimentar las eclosiones políticas y sociales potenciales en la región. De ahí que el acercamiento ontológico poco ortodoxo a la historia haya sido útil para esa nación como instrumento geopolítico, pero aun así se arriesgaba a convertirse en un mecanismo que operara en su contra.

El balance de poder y el uso de la fuerza:

la institucionalización de la jerarquía en la política exterior

Desde luego que hay diferentes niveles de análisis involucrados en alcanzar un entendimiento de todas las dimensiones de este problema. Aun así, pareciera que el problema de la distribución de la fuerza y el poder en el nivel regional está en el centro de la discusión. Sin la fuerza no puede haber orden ni seguridad. Sin el orden y la seguridad, la fuerza no se puede obtener o ejercer. El ejercicio de la fuerza es entonces un rasgo *permanente*, presente en el proceso de materializar las condiciones para hacerla duradera y efectiva. La fuerza en nombre del orden podría condensar fuerza y orden al mismo tiempo, de ahí que la inercia de lo cíclico necesite dominar. Aquí sería apropiado agregar que entre los diferentes contextos en los que se ejerce el poder de la fuerza existen jerarquías y prioridades, contenidos y formas que enmarcan la lucha por los espacios y el poder.

En este aspecto, podríamos reconocer un acuerdo general —aunque en algunos casos ciertamente reticentes— para negociar, acomodar y some-

ter los intereses (particulares) a la voluntad de los actores dominantes. También existen una desviación y una variación permanentes en la naturaleza de estos postulados, dirigidos en última instancia a obtener un relativo balance de poder. A partir de la adquisición de un balance negociado es posible alcanzar un acuerdo básico para interactuar.¹¹⁶ Sin embargo, como explica Spykman en forma muy convincente, “la experiencia ha demostrado que existe más seguridad en el poder balanceado que en una declaración de buenas intenciones. Para preservar el balance se requiere la acción, no sólo contra los vecinos que se vuelven demasiado poderosos, sino también contra los Estados distantes”.¹¹⁷

Spykman también explica el interés en obtener el acuerdo en las relaciones internacionales en los siguientes términos: “...en la sociedad internacional, como en otros grupos sociales, se pueden observar los tres procesos básicos de la cooperación, la adaptación y la oposición. No sólo los individuos y los grupos, sino también los estados, mantienen los tres tipos de relaciones sociales”.¹¹⁸

Con todo, cuando se trata del problema de reconciliar el balance de poder y las jerarquías (que es lo que realmente cuenta en la política internacional), encontramos que los recursos y los canales de poder sólo son manejables en tanto se acepte, como sostiene Bulls, que:

...en donde no predomina ningún Estado puede existir la opción de no tomar en cuenta los derechos de otros Estados, sin temor a que estos Estados a su vez, recíprocamente, no van a tomar en cuenta sus derechos; [de ahí la necesidad de aceptar que] mientras que las leyes internacionales dependen, para su propia existencia como sistema operativo de reglas, del balance de poder, la preservación de este último con frecuencia requiere del rompimiento de estas reglas.¹¹⁹

Y esto explica, entre otras cosas, el hecho de que:

116 Tomo el significado de la interacción como el amplio rango de relaciones que existen en el escenario internacional, incluyendo aquellas que ponen en contacto a actores “no oficiales”. En principio, la interacción que tiene lugar entre los Estados es hasta cierto punto la interacción entre naciones y sociedades que, en algunos casos, no son necesariamente los mismos. Esto puede incluir alianzas, intervenciones, tratados, el anexarse territorios, etcétera.

117 Nicholas J. Spykman, *op. cit.*, nota 17, p. 20.

118 *Ibidem*, pp. 15 y 16.

119 Hedley Bull, *The Anarchical Society: A Study of Order in World Politics*, *cit.*, nota 105, pp. 108 y 109.

...una política de balance de poder es en primer término una política para los Grandes Poderes. Los pequeños Estados, a no ser que puedan unirse con éxito, sólo pueden tener peso en un balance utilizado por otros. Pero aunque son prospectos antes que jugadores, su interés en el resultado del juego no es por ello menos grande. Un Estado pequeño es un vacío en un área política altamente presionada.¹²⁰

El “área altamente presionada” —en donde sea que esté localizada en términos de la distribución del conflicto— debe ser un área manejable y ordenada o, como dice Toynbee cuando se refiere al mecanismo del balance de poder, debe ser regulada por lo que él denomina un proceso de “anarquía por tratado”.¹²¹ Desde este punto de vista, la negociación por tratado se convierte en negociación *institucionalizada*, pero también legitima la guerra o los medios violentos para resolver disputas o conflictos de intereses. Sin embargo, el propósito último no es sólo obtener el orden, sino trazar un marco que facilite “establecer, si no un esquema de orden mundial..., al menos los elementos regionales funcionales para el orden”.¹²² Es precisamente este orden el que, en el contexto de América Latina, es la base de la contención. Éste concierne al conflicto entre actores en el nivel interamericano en *un área de alta presión*. Se trata más comúnmente de un conflicto de poder, un conflicto esencial en el entendimiento y la definición del interés nacional, que ha sido un componente integral de la lucha entre los países del continente. Además de considerar el interés nacional de Estados Unidos como una carrera para obtener “fines limitados” a través del uso de diferentes políticas, voy a argumentar con Hoffman que en el proceso de construcción de la política exterior:

...los actores definen su interés nacional... dando primacía a sus necesidades y ambiciones de política exterior: en términos de la situación geopolítica del país, sus rivalidades externas, ambiciones e impulsos y sus tradiciones diplomáticas. Puesto que sus principales objetivos son metas de posesión, es decir, el control efectivo de territorios, poblaciones, recursos y mercados capaces de

120 Nicholas J. Spykman, *op. cit.*, nota 17, p. 20.

121 Véase Arnold J. Toynbee, “Anarchy by Treaty 1648-1967”, en Fred L. Israel (ed.), *Major Peace Treaties of Modern History 1648-1967*, Londres, Chelsea House, 1967, vol. 1, pp. XIII-XXIX.

122 Stanley H. Hoffmann, *Primacy of World Order*, Londres, McGraw-Hill, 1978, pp. 10 y 11.

incrementar el poder en todas partes, de mejorar la posición geopolítica y de elevar el rango del jugador.¹²³

Este conflicto, desde luego, tiene características y actores que podrían explicar en este contexto subregional la idea de un Estado determinado como un *vacío* en la escena internacional. Un Estado vacío sería, en la línea de este argumento, un Estado relativamente inexistente o no representativo excepto cuando se posiciona firmemente en contra de las condiciones históricas de la *interacción*, o llama a restringir el uso del poder de algún otro actor. El Estado pequeño, argumenta Spykman, “no vive por su propia fuerza sino porque nadie quiere su territorio o porque su preservación como Estado colchón (*buffer state*) o como un peso en el balance de poder le interesa a otro Estado más fuerte”.¹²⁴

Mi objetivo aquí es enfatizar el papel geoestratégico que Estados Unidos, como el actor regional moderno dominante, ha jugado *vis-à-vis* los procesos internos de cambio que tienen lugar en los países latinoamericanos. A fin de explicar en qué medida el interés *americano* se ha visto afectado por acontecimientos de esta naturaleza, es importante establecer ampliamente el espacio geográfico en donde esto ha ocurrido, así como las premisas geopolíticas sobre las cuales la interacción ha tenido lugar.¹²⁵

123 Véase *ibidem*, p. 110. Hoffmann dice, acerca de la relación entre las revoluciones y el interés nacional: “revolución y reforma radical frecuentemente son inestables a largo plazo, [y] no es fácil para Estados Unidos asociarse con ellos —aun cuando esto fuera por interés nacional—”; *ibidem*, p. 31. Si bien ésta es una visión relacionada con un orden mundial anterior a 1939, considero que (en unos casos más que en otros) es una característica aún presente dentro del sistema internacional moderno.

124 Nicholas J. Spykman, *op. cit.*, nota 17, p. 20.

125 Sobre los aspectos geopolíticos de la política exterior véanse los siguientes trabajos: Colin S. Gray, *op. cit.*, nota 15; del mismo autor, *The Geopolitics of Superpower*, Lexington, University Press of Kentucky, 1988; Patrick O’Sullivan, *Geopolitics*, Londres, Croom Helm, 1986; Geoffrey Parker, *Western Geopolitical Thought in the Twentieth Century*, Londres, Croom Helm, 1985; W. H. Parker, *op. cit.*, nota 17, 1982; G. R. Sloan, *op. cit.*, nota 17, 1988; Gary Goertz, *Contextual Theories and Indicators in World Politics*, Ginebra, 1989; A. Widavsky, “America First”, *National Interest*, núm. 1, otoño de 1985; S. Neuman, “Fashions in Space”, *Foreign Affairs* 21, 1943, pp. 276-288; Hans W. Weigert, *Principles of Political Geography*, Nueva York, Appleton Century Crofts, 1957; Mahan, *op. cit.*, nota 17; Christopher K. Chase-Dunn, “World State Formation: Historical Processes and Emergent Necessity”, *Political Geography Quarterly* 9, núm. 2, abril de 1990, pp. 100-130; IISS, *Strategic Survey, 1979*, Londres, International Institute for Strategic Studies, 1980; Nicholas J. Spykman, *op. cit.*, nota 17; Pascal Girot y Eleonore Kofman (eds.), *International Geopoli-*

Dentro del contexto del *Rimland* estadounidense, América Central —una zona experimental— se mostró como la porción estratégica del continente más próxima a Estados Unidos, y debido a sus pobres estándares de vida era un importante centro de inestabilidad política y social, y por tanto un importante teatro para las operaciones militares estadounidenses. En consecuencia, la consumación de las políticas de contención y dominación de Estados Unidos en la medida tan extraordinaria que tuvieron, en comparación con el resto de las regiones del mundo, pone al área en una situación de prioridad no convencional (incluso controversial). Aunque Centroamérica y el Caribe serán las esferas estratégicas para explorar los axiomas señalados anteriormente, hay un paralelismo paradigmático entre esta región y algunos otros casos importantes en el cono sur (sin descartar, en algunos casos, otras regiones como Medio Oriente). Por lo tanto, la explicación del caso Guatemala permitirá explorar en gran medida las similitudes sociológicas e históricas que existen entre un caso y el otro. Voy a plantear que esto nos puede dar instrumentos para juzgar cómo las democracias liberales caen en el descrédito y en la oscilación constante y generalizada como resultado de las presiones internas y externas que se ejercen sobre ellas.

V. GEOPOLÍTICA Y CONTENCIÓN EN CENTROAMÉRICA: LAS DESVENTAJAS DEL PODER

Durante las cuatro últimas décadas ha habido un largo proceso de cambio y conflicto en las relaciones interamericanas. Es de particular importancia señalar que desde los años cincuenta hasta los ochenta ocurrieron cambios decisivos en las relaciones entre Estados Unidos y los países latinoamericanos.¹²⁶ Por un lado, el orden internacional —con dicha potencia como su actor principal— sufrió una transformación radical. El viejo orden en decadencia logró una transformación precaria y se redistribuyeron las cuotas de poder global; esto se llevó a cabo a través de las políticas de contención. Se debe poner especial atención a dos aspectos principales que imprimen importancia histórica al largo periodo de la Guerra Fría.

tical Analysis, Londres, Croom Helm, 1987; David J. M. Hooson, *A New Soviet Heartland?*, Princeton, Princeton University Press, 1964.

¹²⁶ Sobre el asunto interamericano véase Smith, *The United States and Latin America*, *cit.*, nota 44.

Uno es la evolución del comunismo como una forma de gobierno y la otra es la consolidación del capitalismo y la democracia. Los dos fueron resultado directo del final de la Segunda Guerra Mundial y de la derrota del fascismo. La secuela de la guerra trajo consigo una nueva tensión inusual en el sistema internacional, el cual sería dominado por la confrontación nuclear entre las dos superpotencias principales. Pero más que nada, esta lucha por el poder se expresó en forma de conflictos regionales, que al final probaron ser decisivos para determinar el destino de los acuerdos internacionales.

Por lo tanto, la última palabra en el choque regional entre los superpoderes está mucho más allá de la llamada confrontación ideológica entre comunismo y capitalismo, aunque se ha aceptado que en términos prácticos algunos de estos estadios decisivos del enfrentamiento entre los superpoderes fueron su resultado directo. Con el fin de entender uno de los argumentos centrales de este libro es necesario hacer hincapié en que el interés geopolítico regional¹²⁷ —en sí mismo una razón dominante detrás del impulso hegemónico de Estados Unidos— ha estado detrás de la conformación de las características esenciales de su política hacia toda la región, interactuando con el tema de la confrontación ideológica.

De la misma manera, es comprensible que la lucha ideológica haya configurado los asuntos del nuevo orden, y que el anticomunismo y el antisovietismo fueran más instrumentos retóricos o técnicos que una expresión genuina del estado de cosas dentro de la esfera interamericana. Sin embargo, sostengo que este instrumento técnico de política exterior era un componente ineludible de la *cruzada geopolítica* estadounidense (la cual indudablemente juega un papel estelar en la consecución de políticas en otras regiones del mundo, como se ha visto recientemente en Medio Oriente). A través de estos aspectos se devela la dimensión ideológica de la política como un componente táctico en la formulación e imposición de los principios estratégicos; esto último sucede más como resultado de la fuerza que

127 La existencia de la geopolítica como tal implica la existencia de *perdedores* y *ganadores*. Sin embargo, pienso como Harold y Margaret Sprout, que “a pesar de sus defectos, especulación geopolítica y teorización han enriquecido nuestro entendimiento del sistema internacional”, tal como es citado en William H. Parker, *op. cit.*, nota 17, p. 149. Para un desarrollo más amplio de esta idea véase Harold y Margaret Sprout, *The Ecological Perspective on Human Affairs. With Special Reference to International Affairs*, Princeton, Princeton University Press, 1965.

de la pertinencia de los argumentos de Estados Unidos; de aquí proviene mi sugerencia acerca de la construcción de una ilusión.

Como mencioné en el capítulo primero, están en juego la supremacía regional de esta potencia y la convicción de que, dentro de ese marco, el orden interamericano no podría tolerar —si pretendía *viabilidad* alguna— cualquier cambio radical en la vida interna de los países de la región; cualquier proceso de este tipo era visto como una amenaza y tenía la drástica oposición de Washington. Por esta razón, Estados Unidos, como el único superpoder en la región, ha intervenido continua y persistentemente en el continente en forma directa, y con más frecuencia lo ha impactado en formas indirectas. La explicación de esto no necesariamente se sustenta, como sugiere Williams, en la falta de conocimiento de la región por parte del país del norte, sino en el hecho de que Washington ha actuado más de acuerdo con principios geoestratégicos que con una sucesión coherente de políticas regionales.¹²⁸ En relación con este tema, es significativo que esta visión estratégica esté en parte estrechamente asociada con la condición histórica de Estados Unidos como el poder emergente del siglo XX: “Hoy no tiene muchas opciones más que organizar y proteger, si no explotar y dominar, el mundo marítimo accesible. Debe, por lo tanto, ser en algún grado un poder imperialista”.¹²⁹

Respecto a esta valiosa cita, tenemos por un lado la posición de Goldstein, quien críticamente comenta el punto de vista de Morgenthau sobre el mecanismo del balance de poder:

La perspectiva de un ciclo largo implica una visión pesimista de la teoría del balance de poder. Éste no se ve como un sistema elegante y atemporal para mantener la paz, sino más bien como una fase degenerada, transitiva e inestable de un ciclo hegemónico. Cada sistema de balance de poder ha degenerado en guerras recurrentes entre grandes poderes y, a la larga, en guerras por la hegemonía.¹³⁰

Por otro lado, en todas partes han surgido dudas acerca de cuán desventajoso es para Estados Unidos, en el contexto de las relaciones internacionales, situarse a sí mismo como el “campeón de la «libertad», la

128 Véase William A. Williams, *The Tragedy of American Diplomacy*, Londres, W.W. Norton, 1972, capítulos 1-3.

129 William H. Parker, *op. cit.*, nota 17, p. 198.

130 Como fue citado por Christopher K. Chase-Dunn, “World State Formation: Historical Processes and Emergent Necessity”, *Political Geography Quarterly* 9, *cit.*, nota 125, p. 127.

«democracia», la «decencia» y los «derechos humanos»; no obstante, con el fin de obtener el tipo de estabilidad necesaria para el *control Rimland*, apoya las dictaduras militares que suprimen los derechos humanos con armas estadounidenses”.¹³¹ La condición anterior se considera una de las mayores desventajas relativas y una debilidad potencial de esta política, puesto que “no sólo da a la URSS una poderosa propaganda, sino que desarrolla un sentimiento antiamericanista en los países implicados; una conexión militar con Occidente demasiado visible y en particular con Estados Unidos podría (además) debilitar internamente a determinados regímenes, más que fortalecerlos”.¹³² Los “estadunidenses [argumenta I. Davison] han ido demasiado lejos en vestir el esqueleto de la *Realpolitik* con las ropas de la santidad”.¹³³ Finalmente, al referirse al comunismo y al mal, Robert E. Walters expresa que “la actitud hacia afuera en relación con el comunismo y Rusia (*sic*) fue cubierta con el manto de una cruzada del bien contra el mal”.¹³⁴ Por consiguiente, actuar de acuerdo con los principios geoestratégicos implica imponer la consideración de que el concepto de seguridad de una parte debe convertirse en el concepto de seguridad de la otra o, como lo escribe Gray cuando enfatiza que producir (la idea de seguridad) también crea la *necesidad* de producir (seguridad): “Estados Unidos produce la seguridad y otros la consumen”.¹³⁵

Ésta ha sido la norma cuando este país ha tenido que entenderse con revoluciones e inestabilidad social, pues las ha considerado en sí mismas como “anomalías” en el ámbito del orden internacional y como grandes amenazas a la seguridad en la esfera interamericana. Al mismo tiempo, ha convencido a los grupos de interés o aliados potenciales nacionales y extranjeros de la inconveniencia de que permitan que ocurran estos procesos y evolucionen hasta quedar fuera de control, más allá de la posibilidad de la contención. A la luz de este planteamiento —pese a la falta de coherencia de la política—, Estados Unidos tiene suficientes razones es-

131 Véase William H. Parker, *op. cit.*, nota 17, p. 200.

132 Véase IISS, *Strategic Survey, 1979, cit.*, nota 125, p. 9.

133 Véase I. Davidson, “The Flaw in Unites States Foreign Policy”, *Financial Times*, 10. de diciembre de 1979, p. 21.

134 Véase Robert E. Walters, *The Nuclear Trap: An Escape Route*, Harmondsworth, Penguin, 1974, p. 192.

135 Colin S. Gray, *op. cit.*, nota 15, p. 40. La lucha entre el *imperio de Dios* (Estados Unidos) y el *santo imperio* (URSS) constituye el mayor temor del bipolarismo. Como resultado, este aspecto se ha convertido en una improvisación constante de parte de los dos actores en búsqueda de la seguridad nacional.

tratégicas y por lo tanto históricas para confrontar estos conflictos —donde sea que ocurran—, pues ponen en riesgo sus posibilidades geoestratégicas. Éste es el motivo de la ineludible necesidad de esta potencia de responder de un modo particular a un conflicto particular que ocurre en el *Mediterráneo americano*.¹³⁶

El pragmatismo versus la política

Esta política generalizada en contra del cambio fue dejando a la estrategia de Estados Unidos en Latinoamérica gradualmente expuesta a las consideraciones pragmáticas de las administraciones consecutivas desde el presidente Truman en adelante. Con todo, es importante subrayar la aparición de una paradoja: vista en conjunto, la política de dicho país en la región no ha sido enteramente pragmática, puesto que ha tenido que recurrir a acciones pensadas para resolver crisis coyunturales pero no diseñadas como componentes de una política planeada para el largo plazo. En este sentido, voy a argumentar que el principio esencial del pragmatismo, o como lo refiere William James, “el método pragmático”, es acción. Y la acción sola, en el sentido de la práctica dirigida a obtenciones inmediatas, representa en este contexto un principio muy valioso (aunque no siempre realizable) de la *Realpolitik*. Si bien esta idea proviene de los griegos, Charles Pierce la introdujo en la filosofía y James hizo uso de ella en referencia a la racionalización, el humanismo y la religión. La visión pragmática de James es relevante aquí:

El método pragmático es ante todo un método para arreglar disputas metafísicas que de otra manera podrían ser interminables. ¿Hay un mundo o muchos?, ¿predeterminado o libre?, ¿material o espiritual?... El método pragmático... es tratar de interpretar cada noción por medio de rastrear sus consecuencias prácticas respectivas. Si ninguna diferencia práctica, la que sea, se puede rastrear, entonces las alternativas vienen a significar prácticamente lo mismo, y toda la disputa es inútil. Dondequiera que una disputa sea seria debemos estar capacitados para mostrar una diferencia práctica de la que se deriva que uno o el otro está en lo correcto.¹³⁷

136 Me refiero aquí al Mediterráneo americano, tal y como lo explican Mahan (*The Influence of Sea Power upon History, 1660-1783, cit.*, nota 17) y Spykman (*America's Strategy in World Politics: The United States and the Balance of Power, cit.*, nota 17).

137 Véase Frederick H. Burkhardt, (ed.), *The Works of William James*, vol. 1, *Pragmatism*, Londres, Harvard University Press, 1975, p. 28. Véase también William James, *Prag-*

Un poder dominante como Estados Unidos no puede arriesgar la conservación de una zona estratégica de dominación sujetándose a una política *fija* (de ahí la necesidad de sacrificar una política racional), sino lo contrario: un comportamiento obvio, apegado a su condición dominante, debería ser el tener un libre margen de acción como respuesta a lo que pudiera ocurrir. La condición anterior es el mejor aval para convencer acerca de las razones fundamentales de la política de esa nación y, por lo tanto, para imponer las circunstancias y procedimientos que la hagan posible. Éste ha sido, en principio, el marco de referencia que ha usado históricamente para lanzar sus proyectos en la región. El resultado inmediato de esta política de desorden ha sido la falta de coherencia para lograr los intereses generales o *la falta de política* para ejecutar el principio geopolítico más importante, una política pragmática pensada para dar soluciones correctas tanto en el contexto de circunstancias normales como en las críticas, y/o una combinación de las tres. En cualquier caso es evidente, como se va a ver en los documentos oficiales de política exterior analizados aquí, que un entusiasmo intervencionista ha estado detrás de cada una de las iniciativas promovidas por Washington. Si bien en la mayoría de las ocasiones esta intervención se llevó a cabo militarmente, la participación estadounidense en los asuntos de América Latina incluye todo tipo de medios políticos y económicos, incluyendo el *boicot* económico. Por eso se ha puesto tanta atención en el uso de la fuerza como medio de coerción para enfrentar el cambio nacional. Por consiguiente, un análisis de este tipo debe realizarse desde la perspectiva del siguiente axioma: la intervención se produjo en contra de la revolución, y ésta fue una respuesta parcial e indirecta al colapso histórico creado por la intervención.

VI. MAPEANDO EL MUNDO

La propuesta anterior se explica a partir de los siguientes elementos: primero, *el mapeo* del mundo, en términos de la estrategia general de Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial; segundo, su esfera de influencia en América Latina; y tercero, si existe o no una conexión entre la contención y las prioridades geográficas. En este sentido, considero que Estados Unidos adquirió de suyo una posición de fuerza en

América Latina¹³⁸ —como se demostrará al analizar el caso de estudio en las partes siguientes de este libro— a partir de los principios filosóficos y estratégicos de la contención. Lo anterior influiría en forma significativa en la naturaleza del involucramiento de la potencia y la consecuente evolución de los acontecimientos que ocurrían y sucederían en la región, más específicamente en relación con Guatemala.

Existe por parte de Estados Unidos una posición sistematizada y bien formulada hacia las revoluciones. Indudablemente, mucho de este planteamiento debe explicarse a la luz de su carácter nacional, y por tanto, a la luz de la concepción que tiene el pueblo estadounidense sobre esa región del mundo vecina de su país. Sin embargo, se debe decir que gran parte de la percepción de Estados Unidos sobre el mundo externo se funda en el amplio espectro de condiciones físicas y materiales que lo rodean;¹³⁹ una de esas condiciones esenciales es la geografía. Se puede sugerir que sin la geografía y la asociación política que se ha hecho desde ella no podría comprenderse un componente importante de su historia: la de su condición geopolítica.¹⁴⁰ Por consiguiente, en la formulación de las estrategias geopolíticas de Estados Unidos lo más importante es subrayar que:

El predominio político es una cuestión no sólo de tener poder en el sentido de recursos, sino también de la estructura del ámbito dentro del que se ejerce ese poder; [casi] «todas las transacciones internacionales que se refieren a algún elemento de oposición, resistencia, lucha o conflicto, los factores de localización, espacio y distancia entre las partes que interactúan, han sido variables significativas».¹⁴¹

Al discutir sobre geografía y los asuntos internacionales, Colin Gray argumenta que “la geografía es el factor fundamental en la política exterior

138 Véase Stephen E. Ambrose, *op. cit.*, nota 44.

139 Véase Hunt, *Ideology and US Foreign Policy, cit.*, nota 71, capítulo 4: “The Perils of Revolution”.

140 Véase Geoffrey R. Sloan, *op. cit.*, nota 17, p. IX. Estados Unidos no está solo en términos de su importancia geopolítica. Sobre asuntos como la geografía, el prejuicio, etcétera, Estados Unidos probablemente no sea mejor ni tampoco peor que la mayoría de las naciones, especialmente las poderosas. Sin embargo, una diferencia sustancial puede subrayarse. Esta realidad geopolítica predominante ocurre (contrario a la Rusia zarista o la España imperial) en tiempos tecnológicamente avanzados: hoy el despliegue nuclear puede hacer la diferencia entre la destrucción total o parcial.

141 Como se citó en *idem*.

de los Estados porque es el más permanente”.¹⁴² En este proceso es relevante advertir que aunque la perspectiva geográfica es de alguna manera inevitable, cuando se trata de formular y entender cualquier tipo de política en el nivel regional o global, la planeación geoestratégica o geográfica no sólo es importante por su estabilidad relativa (su “condición permanente” de acuerdo con Gray), sino también (como argumentan Starr y Siverson) por “su papel en delinear las dinámicas de oportunidades y riesgos”.¹⁴³

Más aún, cuando se trata de la formulación de determinadas políticas son ineludibles las complejas premisas geográficas y políticas en el proceso de obtención de ventajas relativas. Éste es claramente el caso cuando se habla de la formulación de políticas de poder y de actores poderosos que parecen estar *destinados* a tener algún tipo de atracción por todo lo que es *potencialmente conquistable*. Esto último parece ser lo que ocurre con la mayoría de los “grandes poderes” que han sido capaces de articular su tiempo geográfico o físico con su oportunidad histórica en algún tipo de marco discursivo y de acción política, como un instrumento para adquirir los medios de dominación y control, ya que esto es una prioridad para sus objetivos de política exterior.¹⁴⁴ En este sentido, O’Sullivan nos recuerda que:

Si estamos dispuestos a hacer insensatamente simples conjeturas acerca de los objetivos de política exterior, entonces es posible que produzcamos una primera y vulgar aproximación acerca del comportamiento político, en un modo ya sea determinista o probabilístico. La esencia del Estado es la territorialidad, y el centro de la competencia internacional es el control del territorio. [Al mismo tiempo] las imágenes geográficas de la política mundial... son importantes no porque expliquen la realidad objetivamente, sino porque interpretan o expresan las intenciones de determinadas posiciones poderosas.¹⁴⁵

Es importante tener en cuenta que en la definición de la ganancia relativa que existe detrás de cualquier proceso de incremento y obtención de poder de cualquier actor, la esfera contextual de esta dinámica de ningún

142 Colin S. Gray, *op. cit.*, nota 15, p. 1.

143 H. Starr y R. Siverson, “Alliances and Geopolitics”, *Political Geography Quarterly* 9, núm. 3, julio de 1990, p. 237.

144 Véase Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Londres, Unwin Hyman, 1980, y O’Sullivan, *Geopolitics, cit.*, nota 125.

145 O’Sullivan, *Geopolitics, cit.*, nota 125, p. 24.

modo está separada de la esfera de los contenidos. Contexto y contenido son dos piezas de una misma estrategia que siempre es dinámica y cambiante. En este sentido, el contexto tiene sus propios medios para ser una fuerza duradera en el proceso de definición de cualquier estrategia geopolítica, en la medida en que “no es estática”.¹⁴⁶ En el ámbito internacional, la geografía es, de acuerdo con Starr y Siverson:

...un componente del contexto geopolítico internacional. El proceso de *mapeo* debe verse como una dinámica en la cual el espacio es un factor contingente, en donde la territorialidad está en constante movimiento... Para decirlo simplemente, hay una dinámica constante en la configuración y reconfiguración del espacio dentro del contexto de las relaciones internacionales.¹⁴⁷

Esta idea se explica y se conecta con el tema del contenido, en términos más generales, por las agudas reflexiones de Goertz: “...Hablamos de teoría contextual cuando la relación entre las variables no es sólo aditiva, sino cuando la importancia de los efectos de las diferentes variables es teorizada para que sean diferentes en diferentes ambientes”.¹⁴⁸

No fue sino hasta el siglo XIX cuando se formularon las ideas geopolíticas modernas, que fue posible distinguir la especificidad de las necesidades de cada país y su resolución por el control político. Estados Unidos obtuvo este último a través del uso de lo que Gray llama el *American way* (el camino americano).¹⁴⁹ Es decir, que las necesidades específicas de esa potencia de hacer el mapa del mundo y contar con una configuración geopolítica favorable provienen de la necesidad inherente e histórica de interactuar con el resto del globo, con el fin de proyectar lo que este país considera que es su condición de *unicidad*, “la noción de que América no es un «país ordinario»”.¹⁵⁰ De acuerdo con Gray, esto se debe a

...su geografía que Estados Unidos tenga una perspectiva insular de las relaciones internacionales. Estados Unidos es un poder insular de tamaño continental. Tanto psicológicamente como en términos de logística militar sus dis-

146 Starr y Siverson, *op. cit.*, nota 143, p. 236.

147 *Ibidem*, p. 236 y A. Kirby, “Where’s the Theory?” (Review Essay), *Political Geography Quarterly* 5, 1986, pp. 187-192.

148 Gary Goertz, *Contextual Theories and Indicators in World Politics*, *cit.*, nota 125, p. 5.

149 Colin S. Gray, *op. cit.*, nota 15, capítulo 6.

150 *Ibidem*, p. 54.

tancias oceánicas tradicionalmente protectoras [han sido suficientes] para retener una importancia estratégica mayor.¹⁵¹

En tanto que un “mundo hacia sí mismo”, tanto en términos geográficos como políticos, el país podía medir el grado y la dimensión de las “oportunidades y riesgos” que debía enfrentar en su papel histórico como poder mundial del siglo XX. Como resultado de esto y de su habilidad para dirigir alianzas e intervenir en los conflictos del planeta, Estados Unidos fue capaz de convertirse en el “guardián del mundo”.¹⁵² Un guardián capaz de producir no sólo la noción, sino también la necesidad de un orden pensado para definir acontecimientos y estrategias en los asuntos mundiales. Es por ello que las características culturales de ese pueblo están íntimamente conectadas con las realidades de su expansión y con la necesidad de realizar el sueño americano, de alcanzar lo que parecía ser la misión de cada generación: la grandeza nacional en nombre del destino. En concordancia con la idea anterior, la obtención de ventajas geográficas, a la luz del mapa del mundo que ellos buscaban trazar, tenía mucho que ver con la naturaleza esencial de ese país. La necesidad de expansión expresaba una característica fundamental de su cultura política; o, para usar las ideas de Gray a este respecto, “la geopolítica... abarca factores culturales y humanos, así como las estadísticas de las dimensiones territoriales, accidentes geográficos, bienes económicos, distancias”.¹⁵³

Concebida en forma amplia, la geografía dirige los rasgos culturales que definen la percepción misma del papel histórico de Estados Unidos. La imagen de la nación fue en gran medida determinada por la visión del pueblo (pero más especialmente por la elite política), como resultado de las condiciones físicas presentes en la creación de su cultura nacional. Gray lo expresa como sigue: “El comportamiento político de un país es el reflejo de su historia; y la historia de ese país es, en gran parte (aunque en realidad, no totalmente), producto de su asentamiento geográfico”.¹⁵⁴

El escudo geográfico: contexto para las políticas de frontera

Los aspectos más importantes del expansionismo estadounidense están vinculados con las ideas fundamentales que dieron nacimiento a la con-

151 *Ibidem*, p. 45.

152 *Ibidem*, p. 56. Véase la introducción.

153 *Ibidem*, p. 43.

154 *Idem*.

cepción y a la realidad de la nueva nación. Nuevamente Paz, al comparar el florecimiento de las “dos Américas”, sostiene que el carácter utópico de la “porción sajona del continente” fue “más puro”, porque los asentamientos implicaron para *America* una lucha relativamente menos compleja con la naturaleza y los elementos. Paz expresa su impresión de esta diferencia cultural esencial (en adelante económica y política también) en los siguientes términos:

America fue —si acaso fue alguna cosa— geografía, espacio puro, abierto a la acción humana. Careciendo de sustancia histórica —divisiones de clase viejas, instituciones antiguas, creencias y leyes heredadas—, la realidad presentaba sólo obstáculos naturales. Los hombres pelearon no contra la historia sino contra la naturaleza. Y ahí donde hubo un obstáculo natural —como en las sociedades indias— éste fue borrado de la historia, y reducido a un mero acto de naturaleza.¹⁵⁵

Por consiguiente, términos como “excepcionalismo” y “misión” fueron antecedentes directos de la genuina posición de poder de Estados Unidos en el mapa del mundo en general y en el continental en particular. Este aspecto del predominio estadounidense es bien descrito por Spykman:

La historia nos ha tratado bien; la geografía nos ha dotado enormemente; las oportunidades han sido bien usadas; y el resultado es que nuestro país es hoy la unidad política más importante en el Nuevo Mundo. Los factores geográficos y estratégicos, las materias primas y la densidad poblacional, la estructura económica y el avance tecnológico, todo contribuye a dar a Estados Unidos una posición de hegemonía sobre una gran parte del hemisferio occidental. Estados Unidos es bendecido por la circunstancia feliz de que es un poder fuerte entre dos poderes débiles [Canadá y México]. Y no debe temer un ataque a sus fronteras territoriales, y su problema de seguridad no es el de la defensa de la frontera... Por lo tanto, es perfectamente obvio que los vecinos de Estados Unidos no pueden amenazar sus fronteras. La localización regional da a nuestro país una posición de seguridad territorial sin rivales.¹⁵⁶

De este modo, un país modelo a escala fue reproducido bajo la forma de *America* y otros países serían medidos frente a este patrón; esto permitió a Estados Unidos disfrutar del privilegio de ser el primero en relación con cualquier par. Complementariamente, tenía garantizada —por medio

155 Octavio Paz, *On Poets and Others*, Londres, Paladin, 1992, p. 10 (cursivas mías).

156 Nicholas J. Spykman, *op. cit.*, nota 17, 59 y 60.

de su escudo geográfico— la protección permanente contra cualquier fuerza externa “desconocida”. Por esta razón, no podemos explicar su energía expansionista solamente sobre la base de la visión determinista primordialmente ideológica que tenía del mundo y de su destino “sagrado” para dominarlo. Es extremadamente importante poner atención a las realidades físico-materiales que hicieron posible buena parte del contenido de estos principios. Además, argumentar que la realidad de la geografía fue también un factor decisivo en dar a Estados Unidos sus propias (y pareciera que únicas) posibilidades de expresión —en los diferentes estadios de su movimiento histórico hacia la dominación, la supremacía e incluso la hegemonía— no sería engañoso. En este contexto, es especialmente importante observar, como ya se señaló con anterioridad, en qué medida la geografía crea un contexto para la política; es decir, un contexto para la política de dominación, con un cálculo claro de los “riesgos y beneficios” involucrados.¹⁵⁷ Por esta razón, en este proceso continuo de asegurar un *escudo geográfico* existe un aspecto cultural de la mayor importancia que estableció las condiciones apropiadas del pensamiento y comportamiento americano o, como lo expresa Gray:

El pueblo americano está geopolíticamente condicionado como americano a pensar y sentir de una manera razonablemente diferente sobre sus opciones. Las raíces de la estrategia cultural americana yacen en la tradición fronteriza, una experiencia y expectativa de éxito en los empeños nacionales, una experiencia con abundantes recursos de defensa, una filosofía política dominante de idealismo liberal y un sentido de disociación —moral, geoestratégica— de las malas acciones del Viejo Mundo... El “modo de pensamiento cultural” de un pueblo o pueblos que se conciben a sí mismos como una nación es, en gran medida, producto de la geografía.¹⁵⁸

F. J. Turner complementa este argumento con su concepto de frontera al señalar, aunque implícitamente, el tema de la perspectiva cultural, dando un fuerte peso al hecho de que

La atracción por lo no descubierto [era] fuerte en Estados Unidos. El desarrollo americano ha exhibido no sólo un mero avance a lo largo de una sola línea,

157 Véase A. Kirby, *op. cit.*, nota 147, p. 190

158 Colin S. Gray, *op. cit.*, nota 15, p. 43. Juan Bosch, el presidente depuesto de República Dominicana, definió al Caribe como una “frontera imperial”. Véase Girof y Kofman (eds.), *International Geopolitical Analysis, cit.*, nota 125, p. 114.

sino un retorno a las condiciones primitivas de un avance continuo en la línea de la frontera... Este renacimiento eterno, esta fluidez de la vida americana, esta expansión hacia el oeste con sus nuevas oportunidades, su contacto continuo con la simplicidad de las sociedades primitivas, nutren las fuerzas que dominan el carácter americano.¹⁵⁹

Y agrega, refiriéndose a la ejemplaridad, que

La democracia americana no nació de ningún sueño teórico... había el ideal de democracia, el ideal de un pueblo conduciéndose a sí mismo, entusiasta por el liderazgo en la forma de programas y su ejecución... y ganaba nueva fortaleza cada vez que establecía contacto con una nueva frontera. No la Constitución, sino un país libre y la abundancia de recursos naturales abiertos a un pueblo preparado... existía el ideal del descubrimiento, la determinación valiente para abrir nuevos caminos, la indiferencia hacia el dogma de que porque una institución o una condición existen, deben permanecer. Toda la experiencia americana se ha encaminado a crear el espíritu de la innovación; está en la sangre y no será reprimido. [Concluyendo con un aspecto fundamental del *credo americano*]: El mundo fue hecho para ser mejor, con el ejemplo de una democracia en la cual había libertad del individuo, en la que había la vitalidad y la movilidad productora de la originalidad y la variedad.¹⁶⁰

La originalidad y la diversidad eran efectivamente los valores arquetípicos del desarrollo de la cultura nacional, de la *nueva civilización*. Aun así, estos valores constituyeron la base de las políticas de un poder *excepcional* desarrollado por Estados Unidos en el proceso de preservar una poderosa influencia en la construcción de la política exterior; particularmente, en su zona inmediata de influencia. Estos valores se exportaron en beneficio de la adquisición y la conservación del predominio regional. Por lo tanto, la defensa del interés (y la seguridad) de Estados Unidos en Centroamérica se logró a expensas del interés nacional de los centroamericanos. De esta manera, toda la región quedó expuesta a esta interpretación, misma que dio a la potencia una gran oportunidad para alcanzar una posición de fuerza por medio del control de una región clave en su mapa estratégico. A la luz de esto, se puede decir que las agudas miradas de teóricos oficiales como Turner y Spykman, y otros que les precedieron y siguieron (como Mahan, Kennan y tal vez Kissinger, entre otros), fueron racionalizaciones de lo que

159 F. J. Turner, *op. cit.*, nota 17.

160 *Ibidem*, pp. 293 y 306.

parecía volverse una realidad en el proceso gradual de expansión global y hemisférica. En otras palabras, dicha racionalización fue la expresión de aquellos tiempos (geopolíticos) y los que siguieron. ¿En qué medida esta percepción del mundo descrita en los términos anteriores influyó en los modelos que iban a dominar, no sólo la interpretación de la geografía política latinoamericana, sino también el camino a seguir para alcanzar los objetivos de la política exterior?

VII. LA ESFERA DE INFLUENCIA. EL MAPA DE LA GRAN ÁREA EN LA *AMERICAN HEARTLAND*: CONTRA LA AMENAZA EXTERNA

En 1985, A. Widavsky se refirió a Estados Unidos en los siguientes términos:

Por su misma existencia, ya sea que lo deseara o no... Estados Unidos es y debe permanecer como el escudo de Occidente... es el único poder en el mundo capaz de resistir a la Unión Soviética. El pecado de Estados Unidos es *que existe*; por ello, amenaza el principio vital de la norma soviética: ningún centro independiente de poder. En tanto que exista una alternativa en el mundo, el sistema soviético, [Estados Unidos] no puede terminar de consolidar su norma, tanto dentro como fuera de la URSS.¹⁶¹

Dentro de este marco de “lucha contextual por la existencia con los más fuertes sobreviviendo”,¹⁶² podemos encontrar la formación del concepto de *Heartland*. Éste es obra del geopolítico inglés Halford J. Mackinder y fue muy importante para definir el contorno geoestratégico del mundo. El término fue posteriormente de uso común en Estados Unidos, con frecuencia llamado el *American Heartland*, lo cual fue en realidad una distorsión a lo creado por Mackinder. El autor sugirió por primera vez el significado de “*Heartland*” ante la Royal Geographical Society en enero de 1904, en un documento titulado “El pivote geográfico de la historia”, en el que sostenía que los territorios asiáticos, en particular su centro (*Heartland*), tenían un desagüe hacia el continente o hacia el Ártico y

161 A. Widavsky, “America First”, *National Interest*, *cit.*, nota 125, p. 117 (cursivas mías).

162 S. Neuman, “Fashions in Space”, *Foreign Affairs* 21, *cit.*, nota 125, p. 148.

por lo tanto estaban fuera del alcance del poder marítimo.¹⁶³ Él veía el “área pivote” del *Heartland* como el área geopolítica clave en el mundo contemporáneo.

La idea de que Rusia era potencialmente la nación más poderosa en el mundo en virtud de su situación geopolítica única era el centro de la teoría de Mackinder. El geopolítico británico la siguió desarrollando más adelante en 1919, cuando expuso que concebía a Rusia (posteriormente la URSS) como el área pivote del *Heartland*. En su visión del mundo, el *Heartland* era similar en importancia a lo que en 1904 llamaba el área pivote (*Pivot area*). Si bien ésta cubría un área muy similar, era considerablemente más grande e incluía significativamente a toda la parte Este de Europa.¹⁶⁴ Al mismo tiempo, el *Heartland* estaba rodeado por lo que denominaba el *Rimland*, es decir, la China del norte, India y parte del mundo árabe. Mackinder, interpretado por Parker, define al *Heartland* en términos generales como:

...la región a la cual, bajo condiciones modernas, puede negársele acceso al poder del mar... hemos llegado a la conclusión de que la Isla-Mundo [el término usado por Mackinder para describir la masa continental conformada por Europa, Asia y África] y el *Heartland* son las realidades geográficas finales con respecto al poder marítimo y terrestre, y que Europa del este es esencialmente una parte del *Heartland*... Rusia fue el primer poseedor del *Heartland* con un poder humano realmente amenazante. “El territorio de la URSS es equivalente al *Heartland*”.¹⁶⁵

Mackinder continuaría desarrollando el concepto de *Heartland* hasta la época de la Guerra Fría, en cuyo debate tomó parte en alguna medida. Sin embargo, deseo referir —dado el propósito de este análisis— que su concepción del mundo es en buena medida una versión temprana de la teoría de la contención, puesto que está basada en la visión de una situación del mundo impulsada por un planteamiento *confrontacionista* en donde Occidente debía ser la fuerza dominante entre otras fuerzas. Mackinder sostuvo: “...los occidentales son los vencedores, y sólo ellos son capaces de prevenir a todo el mundo de tener que pasar a través del ciclo

163 Véase Halford J. Mackinder, *The Scope and Methods of Geography and the Geographical Pivot of History*, Londres, The Royal Geographic Society, 1969.

164 Geoffrey Parker, *Western Geopolitical Thought in the Twentieth Century*, *cit.*, nota 125, pp. 33, 34, 186 y 188.

165 William H. Parker, *op. cit.*, nota 17, pp. 165, 166 y 217.

con tanta frecuencia repetido en el caso de las naciones individuales: idealismo, desorden, hambre, tiranía”.¹⁶⁶

Desde entonces, una serie de críticos ha adoptado, mejorado, ejecutado y adaptado esta teoría al nuevo orden internacional derivado del final de la Segunda Guerra Mundial. Parker sugería que el *Heartland* cede su poder al Estado que “comanda”, y éste puede ser comandado desde afuera o desde adentro.¹⁶⁷

Ésta parece ser la línea seguida por los geógrafos políticos, tales como H.W. Weigert, quien en 1957 defendió enérgicamente la nueva realidad política (y por lo tanto geopolítica) de Estados Unidos y dijo, en referencia a la teoría de Mackinder:

...el concepto de América del Norte como parte de una cadena de poderes insulares distantes del *Heartland* se vuelve ahora un mito geográfico. En términos de la geografía aérea, el *Heartland* y América del Norte aparecen en proximidad cargada de destino. Visto por arriba de la cima del mundo, el *Heartland* asume una ubicación diferente de aquella que le asignó Mackinder, trazándolo desde Gran Bretaña y teniendo primero en mente los destinos de Gran Bretaña... visto desde Norteamérica y en términos de nuevas comunicaciones que se estiran desde muchos puntos en la extensa línea “perímetro de defensa”, la inaccesibilidad y lo vasto no nos ocultan al *Heartland*. Ya no yace detrás de una pared impenetrable de aislamiento.¹⁶⁸

Hubo otros críticos más radicales que traspasaron las fronteras teóricas de Mackinder, como D. Hooson, quien sostuvo que si existía una fortaleza o *Heartland* en algún lugar del mundo, estaría en Norteamérica y no en Eurasia. Este autor se remite al geógrafo George Cressey para hacer esta afirmación y concluye que: “«Desde el punto de vista de la geografía»... es muy poco probable que la URSS vaya a superar algún día a Norteamérica [como el nuevo *Heartland*]”.¹⁶⁹ Hall continuó elaborando esta idea y en 1955 escribió que los estadounidenses tenían “razón... al hablar de un *Heartland* angloamericano... ubicado en medio de dos océanos, en vez de

166 *Ibidem*, p. 166.

167 Véase G. Parker, *Western Geopolitical Thought in the Twentieth Century*, cit., nota 125, pp. 120-138.

168 Hans W. Weigert, *op. cit.*, nota 125, p. 217. Esta cita parece referirse a la llegada de las armas nucleares y en particular al poder aéreo de largo alcance (ICBMs). En el contexto interamericano esta cuestión fue crucial a la luz de la colocación de misiles soviéticos de alcance medio en Cuba, a 90 millas de Florida.

169 David J. M. Hooson, *A New Soviet Heartland?*, cit., nota 125, p. 115.

en el centro de una gran masa de tierra”.¹⁷⁰ Con el tiempo, la posición ventajosa de lo que A. K. Henrikson llamó la *Insula fortunata*,¹⁷¹ en referencia a Estados Unidos, fue más evidente. Alrededor de esto, la configuración de la nueva representación del mundo dio un giro; por ejemplo, Alexander P. de Severesky (1952) modificó significativamente el debate cuando observó la dimensión estratégica de este tema desde la perspectiva regional.

De Severesky sostenía que el mundo estaba dividido en dos grandes círculos: el de Estados Unidos cubría la mayoría del hemisferio occidental, mientras que el soviético cubría la mayor parte de la isla mundial o *World Island*. Los dos poseían un poder igual sobre Norteamérica y Eurasia respectivamente, y ésta era el “área de decisión” dentro de la cual los dos centros industriales estaban a una distancia sorprendente el uno del otro por los bombarderos estratégicos. La clave para la supremacía del mundo, entonces, estaba en esta área y Estados Unidos tenía una serie de ventajas estratégicas. Además, la defensa de Estados Unidos iba a ser dirigida desde el hemisferio occidental, y América Latina, ubicada a la retaguardia de Estados Unidos, en la proyección centrada en el polo, constituiría una reserva económica tierra adentro. De Severesky sugería que:

Sudamérica es el patio trasero aéreo de Estados Unidos, asegurado fuera del alcance de la aviación de la Rusia soviética. La masa continental norteamericana se ubica como una barrera ente Eurasia y América Latina. El transporte marítimo entre Norte y Sudamérica será a lo largo de las costas y generalmente más allá del rango de alcance de las fuerzas aéreas soviéticas... Donde el círculo americano y la elipse soviética se traslapan será la tierra de nadie aérea, donde se desplegará la lucha por el dominio de todo el océano aéreo.¹⁷²

1. ¿Un orden (internacional) de derechos naturales en la American Crush Zone?

Además de considerar esta nueva dimensión explicativa de la escena mundial y su utilidad para visualizar la base sobre la que serían distribuidas las porciones reales de territorio y de poder, es válido destacar la po-

170 Como lo cita William H. Parker, *op. cit.*, nota 17, p. 225.

171 Citado en G. Parker, *Western Geopolitical Thought in the Twentieth Century*, *cit.*, nota 125, p. 138.

172 Alexander P. de Severesky, *Air Power, Key to Survival*, Londres, Herbert Jenkins, 1952, p. 260. Véase también del mismo autor, *America Too Young to Die!*, Nueva York, McGraw-Hill, 1961.

derosa conexión que hay entre esta base y los principios esenciales contenidos en la concepción dominante del orden global. Los comentarios anteriores, vistos desde la perspectiva de Estados Unidos, parecen explicar el fenómeno humano dentro de la esfera global como un ciclo natural derivado de un sistema de derechos naturales que otorgan al más fuerte de los actores no sólo el derecho de imponer sus ambiciones, sino también (lógicamente) la “misión” de decidir el destino de los otros.

Este supuesto, como se verá más adelante, serviría para representar los componentes modernos más importantes de la bipolaridad, la supremacía y la hegemonía.¹⁷³ Al mismo tiempo, privaba a los actores menores del escenario mundial, en particular a los miembros de lo que llamó el *Rimland* americano o la *crush zone* americana, de cualquier posibilidad de autonomía para definir sus prioridades.¹⁷⁴ O, en términos de R. Tuck en su estudio sobre Grotius, se trataba de un mundo en el cual:

...los hombres tenían que tomar posesión física del objeto material, o alterarlo o definirlo en cierta manera [... y aunque el mar] no era todavía propiedad privada en sentido moderno, [sería un lugar donde los hombres tuvieran] derechos de algún tipo sobre él y de él, [concluyendo que] Grotius había proveído una estructura útil para la competencia sobre recursos materiales en el mundo no europeo y había comenzado claramente el proceso intelectual que culminaría en los derechos competitivos del estado de naturaleza hobbesiano.¹⁷⁵

173 Hoffmann argumenta que la definición de mundo “no [era] un orden bipolar, sino hegemónico”. Véase Hoffmann, *Primacy of World Order*, *cit.*, nota 122, p. 13.

174 O’Sullivan describe la *crush zone* (zona de triturado) como: “el cinturón de países pequeños que yacen entre el *Heartland* y las potencias marítimas, [agregando que] la mayoría de los conflictos de los últimos treinta años han surgido en la *crush zone* entre las grandes potencias. Los campos de fuerza de las hegemonías pueden ser concebidos como extendiéndose fuera de sus centros, abrumando a naciones más pequeñas con sus poderes, rodeando las esferas de influencia de poderes menores y traslapándose unas contra otras en las orillas. En este cuadro, los gobernantes de cada Estado dominan los límites territoriales” (O’Sullivan, *Geopolitics*, *cit.*, nota 125, p. 33, 69).

Estoy de acuerdo con que estos conceptos se refieren a “zonas de seguridad”, donde la seguridad tradicional de las grandes potencias está en juego. Aunque Centroamérica no fue una zona clásica de riesgo (militar) para Washington, la terminología puede ser útil al explicar la preocupación ideológica geopolítica de lo que “el conflicto” en “el cinturón de países pequeños” representó para Estados Unidos.

175 Richard Tuck, *Natural Rights Theories: Their Origin and Development*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979, pp. 61 y 62.

El estado de naturaleza tenía una fuerte similitud con los principios en que se basaba el planteamiento geopolítico de teóricos como Mahan, Mackinder y Spykman, así como con algunas de las primeras imágenes del realismo estadounidense, mismas que en este libro parecen coincidir con la premisa central de que “lo que Dios ha mostrado que es su voluntad, es la ley”.¹⁷⁶ De la misma manera, los axiomas adoptados desde esta perspectiva no pueden llevarse a la práctica sin la *singularidad* que, según Hoffman, “se veía como si emanara de una armonía interna en cuanto a metas, [y] la fuerza se veía como el camino legítimo y único para tratar con el conflicto de metas y con aquellos que no se avenían”.¹⁷⁷ En virtud de este papel escatológico que se autoimpuso en la historia, y para poder cumplir con su deber voluntarioso (casi) divino, sólo el Estado tenía asegurado el poder para castigar (pues tenía el derecho y la misión de hacerlo).¹⁷⁸

En el contexto de la representación del *Heartland* que ofrecieron Mackinder y otros teóricos, como una forma de entender los medios que mejorarán los instrumentos políticos y técnicos para ejercer la dominación sobre el orden global, hubo un proceso gradual al interpretar este orden sobre la base de los derechos naturales. Como resultado, se tuvo la necesidad de realizar una construcción naturalista lógica para representar las zonas de influencia como territorios a ser incluidos en el marco de la dominación. Parker sintetiza esto de la siguiente manera: “Los primeros geopolíticos fueron educados en la ciencia natural y aplicaron la teoría darwiniana a la geografía. Tomaron más o menos la visión orgánica del Estado (el único que tenía el “poder para castigar”) [... y] de los asuntos internacionales... a la geografía política dentro de un marco darwinista”.¹⁷⁹

Como se vio a la luz de estas teorías, Latinoamérica en su conjunto y la región de Centroamérica en particular parecían ser (en su condición de componentes de los *rush lands*) territorios en donde estas expresiones encontraron su sitio natural, su “*rendezvous* con el destino”. No obstante,

176 Grotius, como lo cita Tuck, en *ibidem*, p. 59. Tanto realismo como mesianismo parecen vivir un acercamiento que en el curso de los años formuló la coartada para que Estados Unidos se constituyera como poder dominante e intervencionista.

177 Hoffmann, *Primacy of World Order*, *cit.*, nota 122, p. 6.

178 Grotius, como lo cita Tuck, en la obra *Natural Rights Theories: Their Origin and Development*, *cit.*, nota 175, p. 62. Grotius argumenta, sin embargo, que este “poder” también da derechos a los individuos.

179 William H. Parker, *op. cit.*, nota 17, p. 148 (paréntesis mío). El interés de Mackinder fue entender los grandes movimientos del poder en la historia. Pero, deseándolo o no, sus ideas influenciaron el pensamiento geopolítico de las grandes potencias.

Hannah Arendt refuta muy bien este sentido de obligatoriedad cuando argumenta que “para nuestra forma de pensar moderna, nada tiene sentido en y por sí mismo, ni la historia, ni la naturaleza tomadas como un todo y, ciertamente, ninguna ocurrencia particular en el orden físico o acontecimientos históricos específicos”.¹⁸⁰ El razonamiento de Arendt impugna también la noción uniforme de las políticas mundiales tan prevaleciente en Washington en cuanto a que un acontecimiento histórico es un resultado único que no se vuelve a repetir.¹⁸¹

2. *Rastrear la American Rimland*

En 1942, Spykman definió a las Américas como el área en la que Estados Unidos debía tener hegemonía absoluta, porque consideraba que su continente marítimo era crucial para el abastecimiento de materias primas y a su vez era una zona de puestos fronterizos defensivos. Sin embargo, ya en 1890 otro estratega, Alfred Mahan, el primer geopolítico de Estados Unidos, había concebido un cercano paralelismo entre el Golfo de México (zona estadounidense) y el mar Caribe, y el Mediterráneo del viejo mundo; su idea era la creación de una serie de “nuevos Gibraltar”. La importancia de este énfasis en la “conformación física” de un país quedó muy bien expresada por Mahan en su prestigioso libro *The Influence of Sea Power upon History*:

La posición geográfica de un país puede no sólo favorecer la concentración de sus fuerzas, sino dar la mayor ventaja estratégica de una posición central y buena base para las operaciones hostiles contra sus probables enemigos... El litoral de un país es una de sus fronteras; y entre más fácil sea el acceso ofrecido por la frontera a la región más allá, en este caso el mar, mayor será la tendencia de un pueblo hacia la relación con el resto del mundo a través de ella.¹⁸²

Por consiguiente, Mahan juzgaba que “la posición de Estados Unidos sobre los dos océanos podía ser una fuente de gran debilidad o una causa de enormes costos, al tener un amplio comercio marítimo en ambas costas”.¹⁸³ Por lo tanto, un aspecto crucial de la teoría geopolítica de Mahan

180 Hannah Arendt, “History and Immortality”, *Partisan Review*, invierno de 1957, p. 11.

181 Me refiero a la historia en el mismo sentido que lo hace Veyne. La historia se repite a sí misma en el marco de la política de Washington en la región.

182 Véase Alfred T. Mahan, *op. cit.*, nota 17, pp. 30-35.

183 *Ibidem*, p. 29.

tenía que ver con la apertura de un canal transístmico en Panamá. Esto alteraría la relación de Estados Unidos con el Caribe, de modo que pudiera ser el poder marítimo dominante en esta área:

El principal resultado político del canal ístmico será acercar nuestra costa del Pacífico no sólo a nuestro litoral atlántico, sino también a los grandes navíos de Europa... Excepto a aquellos optimistas cuya robusta fe en la regeneración de la naturaleza humana rechaza la guerra como una contingencia imposible, esta consideración debe ocasionar serias reflexiones acerca de la política a ser adoptada por Estados Unidos.¹⁸⁴

Por lo tanto, esta analogía llegó tan lejos como para establecer un fuerte paralelismo entre la importancia estratégica que representaba el Mar Mediterráneo para los grandes poderes europeos de la época, y aquella que representaba la región del mar Caribe y Centroamérica para Estados Unidos. En este esfuerzo explicatorio, Mahan dio un considerable énfasis al hecho de:

...que las circunstancias habían causado que el mar Mediterráneo jugara un mayor papel en la historia del mundo, desde un punto de vista tanto comercial como militar, que cualquier otra extensión acuática del mismo tamaño... Asimismo, tiene en el presente una analogía en muchos aspectos con el mar Caribe —una analogía que será aun más cercana si algún día se completa una ruta del Canal de Panamá. Un estudio de estas condiciones estratégicas del Mediterráneo... será un excelente preludio a un estudio similar del Caribe el cual, comparativamente, tiene poca historia.¹⁸⁵

Dentro del contexto del debate en torno al interés de Estados Unidos en construir la ruta del canal a través de Panamá, Mahan argumentó que la aventura podía ser un fracaso estratégico si su país no aseguraba al mismo tiempo el control de los accesos marítimos al Caribe mediante la construcción de bases navales. En este sentido, Mahan ya había presentado algunos avances en su libro, al considerar la asimetría que existía en la

...posición geográfica de Estados Unidos en relación con un canal centroamericano. Si se hace y cumple con las expectativas de los constructores, el Caribe

184 Geoffrey R. Sloan, *op. cit.*, nota 17, p. 90.

185 Alfred T. Mahan, *op. cit.*, nota 17.

cambiará, de una estación terminal y lugar de tráfico local..., a una de las grandes vías de tránsito del mundo. A lo largo de este camino viajará una gran cantidad de comercio, trayendo los intereses de las otras grandes naciones... cerca de nuestras costas, como nunca lo han estado.¹⁸⁶

Al hablar de la importancia de la posición de Estados Unidos en relación con Panamá, la analogía de Mahan se extiende a la posición de Inglaterra en relación con el canal, y a aquella de los países mediterráneos en relación con la ruta de Suez. Mahan consideró que el control sobre esta ruta iba a depender también, además de la “posición geográfica”, de los medios para controlar lo que definía como “el centro del poder nacional, la base permanente”.¹⁸⁷ Más aún, en lo que concierne a la proximidad de Estados Unidos con el istmo, Washington iba a tener que garantizar los medios “para obtener en el Caribe estaciones adecuadas destinadas a bases de operaciones contingentes o secundarias, las cuales, por sus ventajas naturales —pertinencia para la defensa y cercanía con el objetivo estratégico central—, iban a permitir que sus flotas permanecieran tan cerca de la escena como sus oponentes”.¹⁸⁸ Asegurando el control de los puestos fronterizos, concluye Mahan, “con las comunicaciones entre sí y la base central asegurada [y] con los preparativos militares apropiados (para los que tiene todos los medios necesarios), la preponderancia de Estados Unidos en este ámbito se desprende, con certeza matemática, de su posición geográfica y su poder”.¹⁸⁹

Vale agregar que el presidente Theodor Roosevelt adaptó algunas de las teorías de Mahan y las aplicó, en particular en 1898 durante la guerra con España. Por lo tanto, es debido a los señalamientos estratégicos de Mahan que Estados Unidos retuvo el Canal de Panamá y controló las bases navales más importantes de la región, es decir: Puerto Rico, las Bahamas, la bahía de Guantánamo en Cuba y las Islas Vírgenes (compradas a los holandeses en 1917); de igual modo se apropió de Hawai en el Pacífico y más adelante desarrolló una versión muy nacional de la contención, que es el bloqueo naval. La potencia tiene en la zona un número importante de bases (aproximadamente cuarenta) a su disposición, que usa primordialmente para controlar las principales rutas marítimas. Es en este marco que se puede reco-

186 *Ibidem*, p. 33.

187 *Idem*.

188 *Ibidem*, p. 34.

189 *Ibidem*, pp. 34 y 35.

nocer la concepción estratégica del Caribe y Centroamérica: si cualquier otro actor ganara el control de esta región podría “estrangular a Estados Unidos cortándole las líneas de combustible vital”.¹⁹⁰

Nicholas Spykman da una descripción complementaria de la *América mediterránea* en los siguientes términos:

Debajo del Río Grande yace el mundo de América Latina... Más cerca de Estados Unidos está la región del Mediterráneo americano que incluye a México, Centroamérica, Colombia, Venezuela y las islas alrededor de la cuenca oriental del Caribe... Además de su significado como exportador de productos tropicales, el área también es importante por su riqueza mineral. Oro y plata fueron por mucho tiempo sus principales exportaciones... Hay fuentes de energía ampliamente distribuidas: energía hidráulica potencial en la mayoría de los Estados del continente... Venezuela tiene hoy una producción petrolera más grande que toda Asia; la producción en Colombia se incrementa; y el Mediterráneo americano como un todo es el área productora de petróleo más grande en el mundo... El litoral del Caribe es la zona más productiva en el trópico americano y como tal una región inevitablemente dominada por Estados Unidos.¹⁹¹

Estos puntos de vista tienen un nexo común original, es decir, las políticas en el extranjero podrían ponerse en práctica sólo con una precondition: que el control político del mar (por lo tanto, de las costas) estuviera sustentado en las acciones de una armada; la posesión de esta armada tendría un efecto estratégico en el control de las dos grandes costas y, por tanto, en la política exterior de Estados Unidos. La obtención de este dominio implicaba que este país estaría capacitado para enfrentar al mundo externo (potencialmente hostil) en una lucha global para mantener su grado de predominio. Mahan lo expresa de la siguiente manera: “Todo lo que nos rodea hoy día es conflicto; «la lucha por la vida», «la competencia por la vida» son frases tan familiares que no nos damos cuenta de su importancia hasta que dejamos de pensar en ellas. En todas partes una nación se forma en contra de otra nación; y la nuestra no menos que el resto”.¹⁹²

190 Véase Girot y Kofman (eds.), *International Geopolitical Analysis, cit.*, nota 125, pp. 108 y 109.

191 Nicholas J. Spykman, *op. cit.*, nota 17, pp. 280-282.

192 Mahan citado por Geoffrey R. Sloan, *op. cit.*, nota 17, p. 90. Sostengo que esta aproximación prevaleció en el pensamiento estadounidense durante la década de los cincuenta y después; esto se explica mejor con la desaprobación indiscriminada de Washington hacia el cambio sociopolítico en América Latina.

VIII. LOS FUNDAMENTOS DE LA CONTENCIÓN Y EL MAPA REGIONAL:
¿EL CERCO DE GEORGE KENNAN COMO FORMA DE VIDA
EN LAS AMÉRICAS?

Como hemos visto los teóricos y políticos estadounidenses fueron entrelazando los diferentes hilos de los argumentos políticos para enfatizar los intereses de seguridad en Centroamérica vitales para Washington, pese a sus lógicas diversas y a su, por momentos, débil correspondencia con la realidad. El grado de temor y desconfianza ante el cambio significaba que cualquier mínima diferenciación era imposible.

Según W.H. Parker hay un componente geopolítico poderoso en la política de contención la cual, afirma, ha sido criticada “por su poca flexibilidad, al demandar automáticamente la intervención externa americana en cualquier punto del globo en donde los soviéticos pudieran intervenir o pareciera que ganan poder”.¹⁹³

Un ejemplo singular de lo anterior es el informe de Milton Eisenhower sobre la situación en Guatemala cuando, por orden del presidente Eisenhower, viajó a Latinoamérica para hacer averiguaciones sobre la situación política y económica de la región. Su conclusión sobre la crisis guatemalteca no estaba lejos del diagnóstico dogmático muy en boga entonces acerca de la cuestión soviética:

Quando el comunismo amenazó con devorar a Guatemala en 1954, el pueblo estadounidense se sintió intranquilo. Por primera vez empezamos a temer que el *patio trasero* se volviera repentinamente parte de la subversión comunista. Respiramos con alivio cuando las fuerzas favorables a la democracia devolvieron a Guatemala a su lugar normal en la familia de naciones americanas...¹⁹⁴

¿Fue la política de contención un dispositivo intolerante que recurrió a la intervención como su “herramienta natural” para hacer posible el orden y la ley en la nueva era?, ¿en qué medida pertenece George Kennan —quien formuló la política de contención— a la tradición geopolítica de Estados Unidos que proviene de los principios de Mahan, Spykman y

193 William H. Parker, *op. cit.*, nota 17, pp. 194 y 195.

194 Milton S. Eisenhower, *The Wine is Bitter*, Garden City, Doubleday, 1963, p. 48 (curtidas mías). Véase también su informe en *DOSB*, “United States-Latin American Relations”, *Report to the President by Milton S. Eisenhower, Special Ambassador*, vol. 29, núm. 752, 23 de noviembre de 1953.

Mackinder?¹⁹⁵ Aquí es importante enfatizar la importancia de la tesis de Kennan como opuesta a la situación del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Ciertamente, es correcto argumentar que el postulado de Kennan y el futuro político se vieron en gran medida afectados por la ideología extremadamente antisoviética y, hasta cierto punto, anticomunista que dirigió sus pensamientos estratégicos. Su propuesta, como se afianzó al inicio de la Guerra Fría, tuvo una profunda influencia dentro de las formulaciones históricas de las políticas de Estados Unidos emitidas de 1950 en adelante. Las premisas dominantes de Kennan se formaron a la luz de las primeras versiones de la contención prevalecientes en Estados Unidos antes de que se hicieran públicas las visiones del propio Kennan. Según Parker, se llama política de contención al

[poder] de las potencias marítimas periféricas que en tierra central se conoce como *envolvimiento (encirclement)*. Y el envolvimiento está pensado para prevenir la agresión, real o potencial. Tanto el envolvimiento como la agresión se generan del temor que surge de la oposición geográfica-geométrica de la tierra y el mar, centro y circunferencia... La política de contención fue una reacción a la actividad soviética en Europa del Este, Grecia, Turquía y cualquier otro lugar en los años inmediatos de la posguerra, pero esta actividad pudiera haber sido la reacción defensiva natural de un Estado que recién ha sufrido una invasión devastadora.¹⁹⁶

El propio Kennan confirmaría este último argumento en escritos y entrevistas posteriores. Por ejemplo, en el invierno de 1987, en *Foreign Affairs*, comenta su tesis original de la siguiente manera:

De ningún modo me parecía que la Unión Soviética, en ese momento, fuera una amenaza militar para este país. Rusia estaba completamente exhausta por los esfuerzos y sacrificios de la reciente guerra. Algo así como 25 millones de su población habían sido asesinados. La destrucción física había sido apabullante... En estas circunstancias, no había manera de que Rusia pudiera parecerme una amenaza militar... De modo que cuando usé la palabra “contención” con respecto a ese país en 1946, lo que tenía en mente no era en absoluto advertir sobre el tipo de amenaza militar que habla la gente hoy día. Lo que yo pensaba era lo que podría llamarse una *amenaza político ideológica*.¹⁹⁷

195 George Kennan entró en el debate geopolítico de la Guerra Fría cuando escribió su famoso artículo que firmó como “X”: “The Sources of Soviet Conduct”, *Foreign Affairs* 25, julio de 1947.

196 William H. Parker, *op. cit.*, nota 17, pp. 195 y 196 (cursivas mías).

197 George Kennan, “Containment Then and Now”, *Foreign Affairs*, invierno de 1987, pp. 885 y 886 (cursivas mías).

En 1972, más de diez años antes de estos señalamientos, Kennan declaró en una entrevista refiriéndose a su famoso artículo:

Éste estaba pensado para sonar... como una nota de esperanza, urgiendo a la gente a creer que nuestras diferencias con la Unión Soviética del tiempo de Stalin, si bien eran en efecto serias, no eran algo que se pudiera resolver solo... Nosotros y los rusos nos hemos derrotado a nosotros mismos; ninguno estuvo a la altura de las pretensiones de los primeros años.¹⁹⁸

No obstante, el artículo en cuestión era, en 1947, un recuento incendiario del papel de la Unión Soviética en la política mundial. Por lo tanto, los comentarios de Kennan y las políticas que le siguieron son fundamentales en el contexto de este análisis. En efecto, al mismo tiempo que mostraba afinidades con el planteamiento geopolítico existente desde el inicio del siglo, había en la visión del mundo de Kennan nuevos rasgos ideológicos y culturales importantes, en especial la tendencia a la confrontación entre los dos superpoderes.

Si es correcto, como sugiere Kennan, que Estados Unidos no tenía nada que temer de la Unión Soviética en ese momento, uno se pregunta por qué analiza el conflicto en esos términos y también por qué las políticas de Washington —en sus distintas manifestaciones doctrinarias— estaban tan relacionadas con sus descubrimientos sobre la *amenaza soviética*.¹⁹⁹ Dado que las manifestaciones de hecho de esta supuesta amenaza en el contexto de América Latina, en particular en Guatemala, serán exploradas en los siguientes capítulos, me referiré aquí sólo a la confrontación progresiva que se dio dentro del marco del *mapeo* del mundo, en relación con los rasgos ideológicos y culturales sustanciales del pensamiento de Kennan, y más particularmente con aquellos ventilados en el artículo en cuestión.

Se podría argumentar que la visión de Kennan fue usada (para su arrepentimiento más tarde) con el fin de promover un impulso intervencionista moderno, posterior a la Segunda Guerra Mundial, que desde las guerras de Corea y Vietnam ha sido una característica dominante de la política exterior estadounidense. A lo largo de estas líneas, Kennan fue ca-

198 George Kennan, "Interview with G. Kennan", *Foreign Policy*, núm. 7, verano de 1972, pp. 18 y 19.

199 No quiero decir que otras doctrinas de política exterior igualan a las de Kennan. Es sólo que el *envolvimiento* fue una base importante de la política exterior moderna de Estados Unidos en lo que respecta a la cuestión soviética.

paz de formular, si bien no explícitamente, un argumento geopolítico exhaustivo. Por ejemplo, en 1954, en una serie de ponencias realizadas en Princeton, dijo:

El primer hecho sobre el cual me gustaría llamar la atención es geopolítico, importante para todo el pensamiento sobre el problema soviético... nuestra comunidad norteamericana constituye un centro de fuerza industrial militar. Sólo hay unos cuantos más en el mundo. Todos están en el hemisferio norte. Dos de ellos, Inglaterra y Japón, están fuera de las costas del gran continente euroasiático y pertenecen a la porción insular y marítima del globo de la cual nosotros los americanos también somos parte. Los otros dos se asientan en el interior del territorio euroasiático. Uno de ellos fue construido por Alemania... El otro está representado por la propia Unión Soviética... Repito, en ninguna parte fuera de estas cinco áreas se puede producir hoy una fuerza militar industrial en el mundo a lo que podríamos llamar gran escala.²⁰⁰

Si Kennan fue un geopolítico, el suyo es un planteamiento cuidadosamente construido con los componentes ideológicos modernos. Estos componentes (el antisovietismo y el anticomunismo) son dos elementos centrales para el entendimiento de su agudo ataque a la URSS. Desde esta perspectiva es posible argumentar que en Kennan se encontraron el estratega y el ideólogo. Su preocupación por la “lógica de la historia” lo llevó a concebir que había una contradicción radical entre los dos sistemas sociopolíticos principales: hay, dice Kennan, “un antagonismo innato entre el capitalismo y el socialismo”.²⁰¹ Para él, la “dialéctica de la contienda” debía enfrentarse teniendo en mente una desconfianza fundamental hacia el comunismo (“los comunistas son esencialmente traidores”),²⁰² cuyo único objetivo era promover “proyectos revolucionarios aventureros en todas partes”.²⁰³ Dio respuesta a esto en el artículo ya mencionado, cuya

200 George Kennan, *Realities of American Foreign Policy*, Londres, Oxford University Press, 1954, pp. 63 y 64. Sería interesante explorar la conexión de este argumento con la propia representación de Kissinger del mundo. Véase US Government Printing Office (GPO), *United States and Chile during the Allende Years, 1970-1973*, audiencias ante el Subcomité sobre Asuntos Interamericanos del Comité sobre Asuntos Exteriores, Cámara de Representantes (Washington), 583.

201 Kennan, *op. cit.*, nota 195, pp. 572 y 573.

202 Citado en James Peck (ed.), *The Chomsky Reader*, Londres, Serpent's Trail, 1988, p. 319.

203 Kennan, *op. cit.*, nota 195, p. 573.

importancia, como dice Gaddis, ha sido tal que “ningún artículo en la historia de *Foreign Affairs* ha sido reproducido con más frecuencia”.²⁰⁴ En estas circunstancias Kennan sugirió: “Es claro que el principal elemento de la política de Estados Unidos hacia la Unión Soviética debe ser la contención de las tendencias expansivas rusas, en forma paciente y en el largo plazo, pero firme y vigilante”.²⁰⁵ A la luz de este “antagonismo innato” (léase confrontación innata), se puede ver claramente, dijo Kennan:

...que la presión soviética en contra de las instituciones libres del mundo occidental es algo que se puede contener por medio de la aplicación vigilante y hábil de una contrafuerza en una serie de puntos políticos y geográficos en constante cambio, correspondiendo a los cambios y maniobras de la política soviética, que no puede ser hipnotizada o disuadida.²⁰⁶

Historiadores y analistas, como sostiene Gaddis, “han argumentado durante años en torno a lo que Kennan quiso decir en el artículo «X»”.²⁰⁷ El hecho de que la mayor parte de sus contenidos esté dedicada a la evaluación de la URSS pone a este texto en el centro del debate político e ideológico de la época. Si bien en realidad el tema ideológico estaba muy presente (en particular en su “largo telegrama”), e incluso aunque la URSS no fuera (aún) necesariamente una amenaza real como promotora de “proyectos revolucionarios aventureros”, el artículo de Kennan debe entenderse más como una señal de alarma de los acontecimientos —y por tanto, de las acciones— por venir. Estados Unidos, dice Kennan:

...tiene el poder para incrementar enormemente los rasgos bajo los que opera la política soviética, para obligar al Kremlin a un grado de moderación y circunspección mucho mayor que el que ha observado en los últimos años, y de esta manera promover tendencias que deben, a la larga, encontrar su salida ya sea en una disolución o en un suavizamiento gradual del poder soviético.²⁰⁸

204 John L. Gaddis, “Containment a Reassessment”, *Foreign Affairs*, julio de 1977, p. 873.

205 Kennan, *op. cit.*, nota 195, p. 575.

206 *Ibidem*, p. 576.

207 John L. Gaddis, *op. cit.*, nota 204, p. 873.

208 Kennan, *op. cit.*, nota 195, p. 582. El *long telegram* subrayó las raíces ideológicas de las cuales se derivó la contención y fue enviado por Kennan el 22 de febrero de 1946, en su capacidad como oficial estadounidense de la Embajada de Estados Unidos en Moscú. Kennan fue relevante en el sentido de que ofreció un pensamiento estratégico central sobre los soviéticos al comienzo de la Guerra Fría; esto prevaleció a lo largo de los años siguientes.

1. *Una noción de seguridad nacional en boga*

De acuerdo con G. R. Sloan, la visión de Kennan representó “el comienzo de un periodo en el que cambió el significado político del continente euroasiático, en términos de las opciones posibles para los hacedores de política”.²⁰⁹ Éste fue sólo el principio de una política destinada a extenderse a cualquier costo: la única idea de Kennan que inauguró un concepto moderno (y en boga) de seguridad nacional fue la necesidad de aplicar una “contrafuerza” para contener “la presión soviética sobre las instituciones libres del mundo libre”, o la necesidad de Estados Unidos de entrar con “una seguridad razonable en una política de firme contención, diseñada para confrontar a los rusos con una *contrafuerza* inmutable en cada punto donde mostraran signos de inmiscuirse en los intereses de un mundo pacífico y estable”.²¹⁰

Ésta es una declaración geopolítica de gran importancia porque denota miradas agudas que confieren trascendencia política al medio geográfico, y también porque Kennan está sugiriendo —*in situ*— la construcción de una teoría (única y por tanto paradigmática) basada en la confrontación para operar con las presiones —y peligros— esperados, inesperados o previstos en la relación con los soviéticos. Algunos analistas consideran que los argumentos de Kennan se derivan de los geopolíticos que lo precedieron, tales como Mahan, Mackinder y Spykman. Por ejemplo, Walters cita este párrafo de Kennan: “Nuestro problema (de Estados Unidos) es prevenir la reunión del potencial militar industrial de todo el territorio euroasiático bajo un solo poder que amenace los intereses de la porción insular o marítima del globo”. Walters declara, con alguna razón, que estas palabras podrían haber sido tomadas directamente de la teoría del *Heartland* de Mackinder.²¹¹

Sloan, por un lado, sugiere que existe un paralelismo entre Kennan y Spikman, en primer lugar porque el énfasis de Spykman en la importancia de que Estados Unidos mantuviera un margen de superioridad política y militar en el *Rimland* fue similar al objetivo político de Kennan de frenar la expansión soviética [y segundo, porque] la tesis de Kennan sugería la relevancia contemporánea y futura de varias conceptualizaciones geográficas”.²¹²

209 Geoffrey R. Sloan, *op. cit.*, nota 17, p. 130.

210 Kennan, *op. cit.*, nota 195, pp. 576 y 581.

211 Robert E. Walters, *op. cit.*, nota 134, p. 178.

212 Geoffrey R. Sloan, *op. cit.*, nota 17, p. 135.

Por otro lado, Gray parece dar una explicación más histórica; argumenta que el manejo y el comportamiento mundial de Estados Unidos antes, durante y después de la contención han estado centrados en la tensión entre los riesgos para la “supervivencia americana”, que acompañan a los compromisos de seguridad alrededor del litoral de Eurasia, y la menos que “inmediata” capacidad de supervivencia de los intereses de Estados Unidos, que son los objetos “explícitos” de estos compromisos.²¹³ Gray va más allá cuando considera la gran importancia que tienen estos empeños a la luz de los cinco conceptos de seguridad nacional prevalecientes en Estados Unidos: la *contención*, la *contención dinámica*, el *rollback*, la *devolution* y la *fortaleza americana (fortress America)*. Argumenta que “con excepción de la fortaleza americana, los conceptos discutidos aquí se sustentan, todos ellos, en la hipótesis de que Estados Unidos tiene un interés vital en contener al poder soviético más o menos dentro del perímetro actual de Eurasia”.²¹⁴

El debate sobre el grado de sofisticación de las teorías de Kennan y las políticas que de éstas se derivan ha continuado con el transcurso de los años posteriores a 1946, y abundan las comparaciones de sus planteamientos con los de los geopolíticos precedentes. Sin embargo, parece haber acuerdo en que su posición frente al comunismo (estuviera Kennan arrepentido o no) articuló una política que subordinó todas las variables del fenómeno global a la primacía de las explicaciones geopolíticas, lo que explica las consecuencias de este marco de análisis sobre las políticas hacia los terceros actores (no involucrados).

Un resultado trascendental de esto fue que todos los acontecimientos políticos que se dieron en los escenarios internacional y regional fueron interpretados en términos de la amenaza comunista. De esta manera, se sancionó una política perdurable durante las siguientes décadas. El otro resultado fue que el concepto de contención, que sobre todo tendía a enfatizar la necesidad de asegurar los intereses de Estados Unidos, abandonó y de alguna manera oscureció el “carácter esencial de la amenaza soviética”.²¹⁵ El efecto de este planteamiento es todavía más paradójico dado que el objetivo central de esta política supuestamente fue pensado para dar una forma (racional) a los característicos rasgos del nuevo orden internacional. Esto tuvo, como se verá, un efecto decisivo sobre el entendi-

213 Véase Gray, *The Geopolitics of Superpower*, cit., nota 125, pp. 39-47.

214 *Ibidem*, p. 115.

215 *Ibidem*, p. 118.

miento y sobre la consumación de las políticas en los movimientos de cambio sociopolítico. Más allá del hecho de que el comunismo y el sovietismo no fueron explicados tanto como fueron estigmatizados, su “entendimiento” no guió la acción, sino que más bien operó como “una justificación para la acción que ya estaba decidida”.²¹⁶

Uno de los principales aspectos que se puede señalar en la lectura del artículo mencionado y en otros escritos del autor es que Kennan, al parecer, observó la ideología, el carácter, la *psique* y la naturaleza soviéticos a través del prisma del grado de tolerancia y valor de este pueblo frente a la opresión estalinista. Así, su noción de los soviéticos fue extrapolada desde uno de los peligros políticos más importantes de la época para Occidente: la perpetuación del terror estalinista. No obstante, lo que faltó a Kennan fue la intuición pragmática de cómo tratar con los soviéticos (productivamente) en su tiempo y en los tiempos por venir. De ahí en adelante, Kennan mantuvo su miedo al comunismo (y al sovietismo), puesto que éste se hallaba centrado en Stalin como el crudo representante de lo que era el comunismo en esos tiempos:

...el movimiento comunista mundial era entonces un movimiento unificado, disciplinado bajo el control total del régimen de Stalin en Moscú. No sólo eso, sino que la Unión Soviética había surgido con un gran prestigio por su inmenso y exitoso esfuerzo después de la guerra;... y yo no tengo nada... sino desconfianza por la actitud del régimen de Stalin hacia nosotros o hacia los otros aliados de Occidente. Stalin y los hombres que lo rodean fueron mucho peor —más siniestros, más crueles, más tortuosos, más cínicamente desdeñosos hacia nosotros— que cualquier cosa que enfrentemos hoy.²¹⁷

2. *La realidad de un nuevo orden: la seguridad vis-à-vis la intervención en la América mediterránea*

Además de la neurótica visión del mundo del Kremlin (que sólo en parte explica la neurosis de Kennan) y su sentido instintivo de inseguridad

216 Gaddis, *op. cit.*, nota 204, p. 874.

217 Kennan, *op. cit.*, nota 197, p. 886. Argumento que la muerte de Stalin en 1953, como se ve en los capítulos 5 y 7 al discutir la aproximación de Eisenhower y Dulles a esta cuestión, no necesariamente cambió las percepciones de Estados Unidos sobre la amenaza del comunismo soviético. Véase antes el capítulo de la referencia de Hoffman a las “tradiciones diplomáticas”.

(reflejada en su política bilateral y global), lo más interesante de esta etapa del debate de la Guerra Fría es el hecho de que un nuevo anatema y una nueva estrategia estaban en proceso de construcción. El requisito para crear las condiciones de un nuevo orden surgió en gran medida de la necesidad de alcanzar un nuevo balance de fuerzas en la racionalidad económica y política del mundo. Entre todos los aspectos que yacen detrás de lo que parecía ser una clara estrategia para consolidar una noción de realidad, está la idea del pragmatismo hacia la seguridad. Esto significaba que la fundación de este nuevo paradigma, en cuyo contexto el orden sería el resultado de la ausencia de violencia —o al menos sólo una violencia selectiva y cuidadosamente controlada, y/o la ausencia de amenaza—, estaba en el centro del análisis. De ahí la importancia de la sugerencia (instrumental) de Kennan de tratar “pacientemente” con el comunismo, que en apariencia no tenía una agenda propia.

En este contexto (aunque no tanto como una responsabilidad directa de Kennan el político, como de Kennan el ideólogo), cualquier cosa que se opusiera a la permanencia del orden —especialmente en la esfera latinoamericana en donde existía inestabilidad social— sería considerada una amenaza —una amenaza no natural—. Si bien esta idea reflejaba la realidad de los tiempos de la Guerra Fría, era también una expresión muy importante de los principios morales y políticos de Estados Unidos como nación: los de la “nueva frontera”. Kennan fue sólo la expresión correcta en el momento correcto de la noción de un orden mundial y un sistema global sostenido sobre el principio del equilibrio, en donde las inclusiones y las exclusiones serían reguladas y estrictamente controladas sobre la base de defender la seguridad de los principios y los principios de la seguridad. Este último empeño fue logrado con un compromiso cuasirreligioso, o como cita Daniel Yergin, en Kennan, “el viejo presbiteriano forcejea con el geopolítico bismarckiano”.²¹⁸

Desde esta perspectiva, la seguridad significaba el orden y el orden no se podía obtener sin un acuerdo sobre los principios básicos para lograrlo. Alternativamente, estos principios se encontrarían dentro del propio marco de la democracia de Estados Unidos. En vista de esto, había un conflicto entre —y alrededor de— la nueva confrontación política e ideológica con la Unión Soviética y la debatible concepción económica, política, fi-

218 Daniel Yergin, *Shattered Peace: The Origins of the Cold War and the National Security State*, Londres, Andre Deutsch, 1978.

gioso, o como cita Daniel Yergin, en Kennan, “el viejo presbiteriano forcejea con el geopolítico bismarckiano”.²¹⁸

Desde esta perspectiva, la seguridad significaba el orden y el orden no se podía obtener sin un acuerdo sobre los principios básicos para lograrlo. Alternativamente, estos principios se encontrarían dentro del propio marco de la democracia de Estados Unidos. En vista de esto, había un conflicto entre —y alrededor de— la nueva confrontación política e ideológica con la Unión Soviética y la debatible concepción económica, política, filosófica e incluso geoestratégica del mundo: Estados Unidos era el representante de la democracia por excelencia y conceptos tales como libertad, desarrollo y modernidad se convirtieron en parte orgánica del nuevo trasfondo geopolítico *situacional*. Toda la concepción del nuevo orden provino de aquí, y la lógica (y la inercia) del nuevo orden se encontró en la necesidad esencial de confrontar o satisfacer a otro, sobre la base de que el *otro* —en este caso la Unión Soviética— estaba esencialmente ocupado en confrontar (peligrosamente) los fundamentos de este proyecto, democracia capitalista incluida. De ahí la necesidad de defender —por tanto, contener— las “instituciones libres del mundo libre” de la “presión soviética” a la que estaban sometidas.

La idea que tenía Estados Unidos de la Unión Soviética estalinista como el mal a resistir —como la representó la filosofía doctrinaria de Kennan— y, de ser necesario, a confrontar, se explica y justifica de hecho por la existencia del régimen estalinista y por la era de destrucción y barbarie que éste representaba. Sin embargo, ésta fue también resultado directo de la aparición del comunismo como forma de gobierno y del estalinismo como la manera más palpable y cruda de expresarlo. Al respecto, es válido enfatizar que el Sr. X (Kennan) no habría existido sin Stalin y sin su reino de terror. Ésta era la época del surgimiento de un nuevo pragmatismo que respondía no sólo a la existencia de una fuerza opositora a Estados Unidos (el comunismo), sino también al propio pasado de este país, en particular a su noción determinista de la evolución natural del fenómeno político. Los tiempos de Kennan, entonces, fueron también los tiempos del inicio de una nueva era en la que una nueva perspectiva del mundo creaba el marco para una atmósfera avanzada y afirmativa de la *Realpolitik*.

218 Daniel Yergin, *Shattered Peace: The Origins of the Cold War and the National Security State*, Londres, Andre Deutsch, 1978.

Dentro de este contexto, el Mediterráneo americano era un tema que concernía exclusivamente a un actor poderoso como Estados Unidos. Por lo tanto, es indiscutible que nuestra región ha tenido una importancia estratégica, como lo demuestran Mahan y Spykman. En última instancia, la contención jugó un papel fundamental en el manejo del fenómeno latinoamericano. De hecho, una de las razones por la cual es posible encontrar falta de originalidad en las políticas perseguidas por Estados Unidos en el continente (en particular en aquellas aplicadas para apoyar la supresión de un movimiento de cambio, tal como el guatemalteco) es que dicha potencia introdujo su propia concepción ideológica y estratégica de la principal lucha del mundo dentro de la escena regional, sin dar lugar a ninguna interpretación diferente y/o opción política, sino a las políticas de poder.

Por consiguiente, uno podría presumir que este rechazo al comunismo estalinista soviético —derivado de una percepción correcta y una crítica a la brutalidad del régimen estalinista sobre bases de comportamiento moral y ético— no tuvo el poder de diferenciar la extensión nacional y regional de la fuerza soviética de la ideología comunista en general. Por lo tanto, fue imposible convertir el rechazo anterior en una política con elementos analíticos apropiados para explicar ampliamente el fenómeno del comunismo en otras regiones del mundo, así como los medios más convenientes para contenerlo.

Las limitaciones mencionadas se expresan de alguna manera en los siguientes supuestos de la política exterior estadounidense en Latinoamérica: “Mientras Estados Unidos continúe evaluando a los países más pobres y débiles del mundo en términos de lo que cada uno de ellos pueda contribuir al gran proyecto —o las amenazas reales e imaginadas que cada uno posee respecto al gran proyecto— no puede asegurarse la no intervención”.²¹⁹

IX. KENNAN Y LA CONTENCIÓN: ¿LA INTERVENCIÓN COMO SOLUCIÓN?

¿Eran las consideraciones estratégicas recién mencionadas suficientes para justificar la imposición del “cerco”? ¿hasta qué punto el “cerco” era una explicación racional sólida que pudiera justificar el que se articulara un apoyo para intervenir en el *patio trasero americano*?, ¿es la intervención el camino a la liberación? Si un pueblo debe obtener la libertad por sí

219 Richard Fagen, “The United States and Chile: Roots and Branches”, *Foreign Affairs*, enero de 1975, p. 312.

mismo —como argumenta Mill—, ¿es legítimo decir que el objetivo de la intervención era obtener esta última?²²⁰ ¿Es la intervención efectuada en nombre de la imposición del orden, en última instancia, una herramienta de dominación, incluso a costa del rompimiento del mismo orden? Y si es así, entonces, ¿es éste el comienzo de la creación de un nuevo orden fundado en la opresión?

Éste es un problema mayor que remite a la separación entre moralidad y política en la ejecución de las políticas nacionales, y a la excesiva división entre moralidad y política inherente a la política exterior estadounidense. Sobre esto escribió Kennan:

La moralidad, entonces, es un canal para la satisfacción personal. La moral como el fundamento de la virtud cívica, y de acuerdo con su condición precedente de la democracia exitosa. Moralidad en el método de gobierno, como un asunto de conciencia y preferencia de parte de nuestro pueblo. Pero no moralidad como un criterio general para la determinación del comportamiento de los Estados, y sobre todo como un criterio para medir y comparar el comportamiento de los diferentes Estados. Aquí se debe permitir que prevalezca otro criterio, más triste, más limitado y más práctico.²²¹

Abordaré estas preguntas en el próximo capítulo.

220 John Stewart Mill hace hincapié en que un pueblo debe “liberarse por su propio esfuerzo”. Véase Mill, *A Few Words on Non-Intervention*, vol. III: *Dissertations and Discussions*, Londres, Longmans, Green, Reader & Dyer, 1857, p. 175.

221 Originalmente en Kennan, *Realities of American Foreign Policy*, cit., nota 200, p. 49. También citado en Charles R. Beitz, *Political Theory and International Relations*, Princeton, Princeton University Press, 1978, p. 12. En breve, una moralidad egoísta. Aun más, el moralismo marca una negación implícita: niega la moralidad pues rechaza reconocer cualquier método fuera del americano para establecer estándares morales al tratar decisiones de política exterior. Esto es un tema de central importancia en este libro.